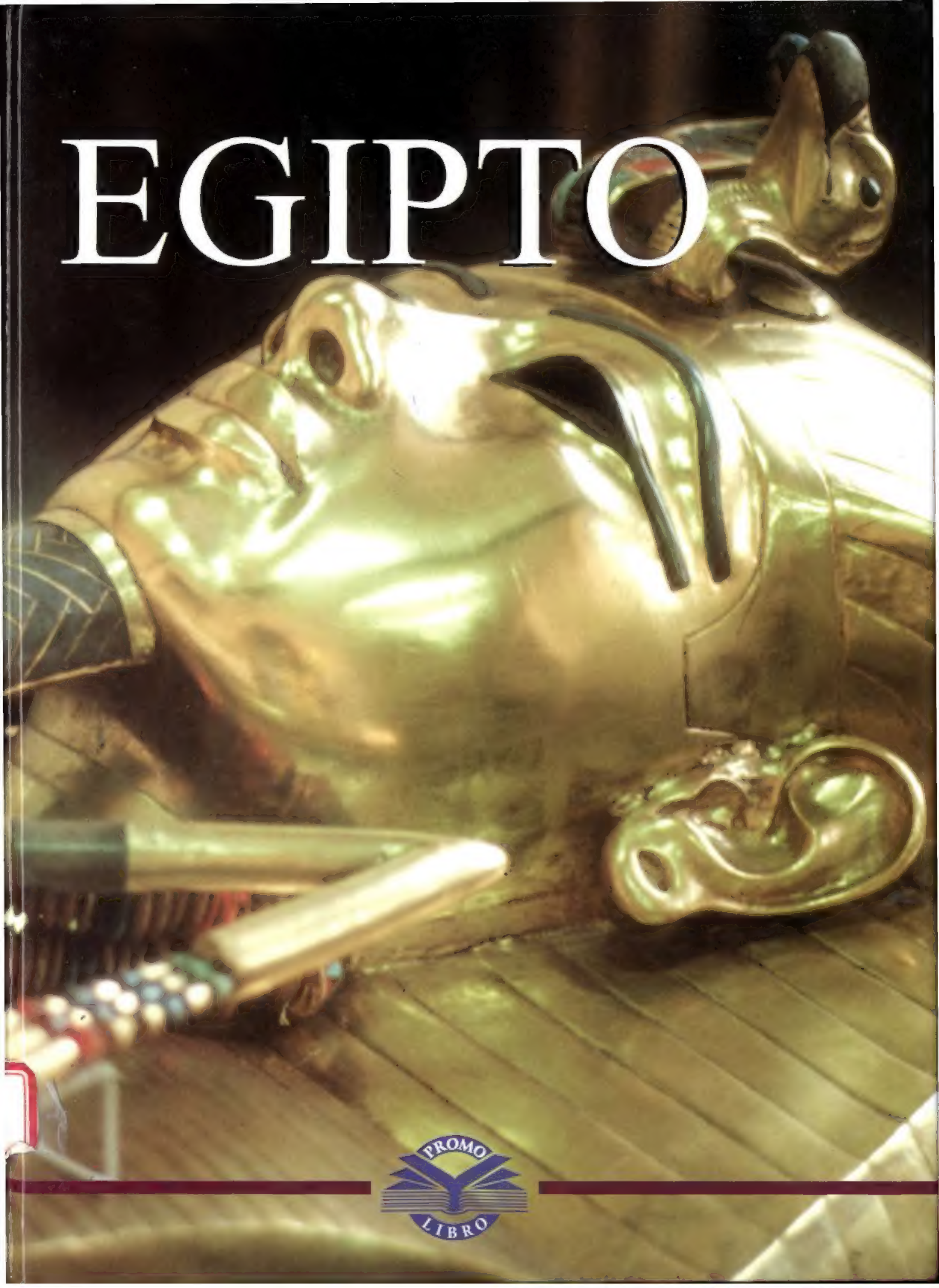
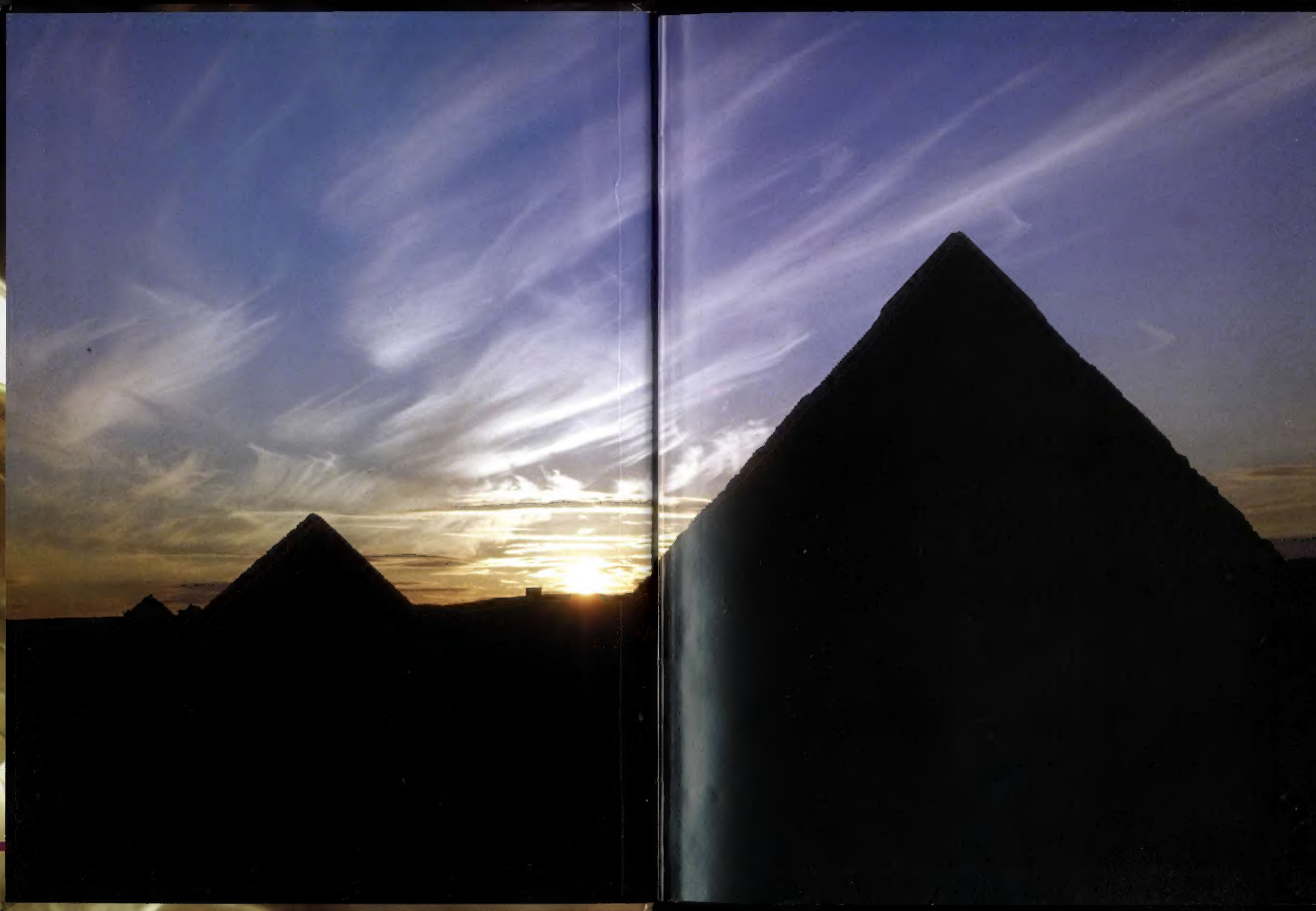
EGIPTO





EL ARTE

EGIPTO

Federico Lara Peinado

Edición especial para Promolibro, S. A. de C. V.

ISBN: 84-96249-14-X
Depósito Legal: M. 31.550-2003

Calle M, número 9, Polígono Industrial Európolis, 28230 Las Rozas (Madrid)
Teléfono (+ 34) 91 637 52 54-36 86
Fax: (+ 34) 91 636 12 56
E-Mail: dastinexport@dastin.es
www.dastin.es

Impreso en Brosmac, S. A.
Composición y fotomecánica: IRC, S. L.

Impreso en España – *Printed in Spain*

Sumario

Un arte para los dioses y el faraón

La tres veces milenaria historia de Egipto nos ha legado un espectacular arte que sus habitantes planificaron y ejecutaron para que fuera eterno y cuyo indiscutible símbolo podría ejemplarizarse en las pirámides, tumbas mundialmente conocidas.

Dicho arte, básicamente al servicio del soberano —el faraón— y de los dioses —la religión—, tuvo formas muy variadas dentro de un estilo monumental, fascinante por su enorme personalidad, en el que lo religioso, lo mágico y lo funerario presidían cualquier manifestación creativa.

Esta personalidad se vio favorecida por la propia configuración geográfica del país, que tardó mucho en abrirse a otras civilizaciones, y por la gran calidad de sus arquitectos —que gozaron de reconocimiento social— y de sus artistas, en su mayoría anónimos, que, sin recurrir al concepto de *belleza* como fin último de sus producciones, se centraron sobre todo en la *utilidad* y la *duración* de la obra de arte, concebida siempre más como producto artesano que como producto estético. Esa concepción utilitarista y la rígida observancia de los planteamientos teocráticos* motivaron la imagen de homogeneidad que se deja ver en la casi totalidad de las creaciones artísticas.

El arte egipcio, como el resto de su civilización, nació en el país del Nilo y se fue realizando a lo largo de su historia. Para su estudio puede dividirse en tres grandes etapas (menfita, tebana y saíta), coincidentes con los llamados Imperio Antiguo, Medio y Nuevo y Época Baja, precedidas por una de formación (la tinita) y cerradas por otra de decadencia (la grecorromana).

El arte nacional por excelencia fue la *arquitectura*, presente a lo largo de toda su historia, mientras que la escultura, pintura y artes industriales fueron en casi todos los casos simples auxiliares de aquélla.

En arquitectura, que trató de identificarse con la horizontalidad del paisaje y que empleó la *piedra* y el *sistema adintelado** como medios expresivos, hay que distinguir los templos, las tumbas y los palacios, cuyo denominador común se caracteriza por el *afán* de *masa* y de *monumentalidad*.

En tal sentido, los muros suelen ser muy gruesos, dispuestos a menudo en talud* y formados por sillares de



Máscara funeraria de Tutankhamón.



Detalle de un papiro sobre una escena del Más Allá, XIX dinastía, hacia el 1300 a.C.

gran tamaño y coronados por una moldura, conocida popularmente como *gola egipcia**. Los elementos sustentantes se reducen a pilastras y columnas, ambas de notables dimensiones y siempre realizadas de acuerdo a unas ajustadas proporciones entre diámetro y altura. Los capiteles* de estas últimas son variados, distinguiéndose los *lotiformes, palmiformes y papiriformes*. A estos tres órdenes, verdadero hallazgo del Antiguo Egipto, se les sumaron el *campaniforme* y el *hathórico**. Columna de sin igual belleza lo era la protodórica de sección o corte poligonal.

Los templos

Los templos, verdaderas casas de los dioses, obedecieron a una planificación muy estricta, en torno a un eje longitudinal en cuyo desarrollo se disponía una larga avenida de acceso, adornada con esfinges* o carneros, obeliscos* y estatuas colosales precediendo a la puerta, pilono* o fachada exterior, peristilo*, sala hipóstila —verdadero bosque de columnas en algunos casos—, sala de la barca sagrada* y santuario. Volumetría y juegos de luces adquieren los mismos significados simbólicos.

No fue infrecuente que se añadieran con el paso de los años nuevas salas por delante y por detrás, haciendo así de los templos enormes santuarios de extraordinarias dimensiones, alcanzándose en ocasiones longitudes de más de un kilómetro y medio.

Hubo otro tipo de templos, los *speos* («cuevas»), excavados en el interior de las montañas, e incluso de tipo mixto, los *hemispeos*, en los que varios sectores estaban trabajados a cielo abierto y sus salas más recónditas se abrieron en la roca.

Una tipología totalmente diferente la presentaban los *templos solares*, verdaderas explanadas al aire libre, en las que el vertical y elegante obelisco simbolizaba la imagen del sol.

Las tumbas

La creencia en una vida en el Más Allá, junto a Osiris, de duración ilimitada, por millones de años, dio origen a una arquitectura funeraria que debía sujetarse a estas premisas. Así, se originaron diferentes tipos de tumbas, sobresaliendo entre ellas las mastabas, las *pirámides* y los *hipogeos*, agrupándose usualmente en verdaderas necrópolis. Un cuarto y quinto tipos lo constituían la *mezcla de pirámide y templo*, caso de la tumba de Mentuhotep II, y de *pirámide y pilono incorporado*, como las pirámides de Meroe (Sudán).

La solidez y perennidad de estas tumbas venían exigidas a fin de garantizar la conservación del cuerpo para siempre; garantía que se trasladaba también a los propios restos mortales al ser momificados y, en su defecto, ser mantenidos mediante *dobles* o estatuas, labradas en madera o esculpidas en piedra.



La pirámide de Khefrén alcanza los 143 metros de altura.



Sarcófago de Tasaenkeper.

Las *mastabas* («bancos») eran tumbas privadas, usualmente destinadas a la nobleza, dignatarios y altos funcionarios. Construidas primero de adobe, pasaron luego a serlo de piedra y siempre de sencillas líneas externas, pero de gran complejidad por sus cámaras, pozo funerario y capillas, todo ello construido en el subsuelo.

Las *pirámides,* evolución natural de las mastabas, fueron exclusivamente tumbas reales. Sus gigantescas proporciones eran testimonio del absolutismo y teocracia faraónicos y obedecían a un simbolismo solar, al convertirse sus aristas en verdaderas luminarias de la ultratumba. Sin puntos de referencia, sin fachadas, de planos lisos y desnudos, la sencillez de sus líneas combinaba con su monumentalidad.

Estas tumbas, que testimonian la disciplina, el esfuerzo y la organización de todo un pueblo, presentan interiormente una cámara sepulcral, en la que se deposita el sarcófago, y otras cámaras auxiliares destinadas a los ajuares funerarios y a cuanto precisaba el faraón en su deambular por el Más Allá.

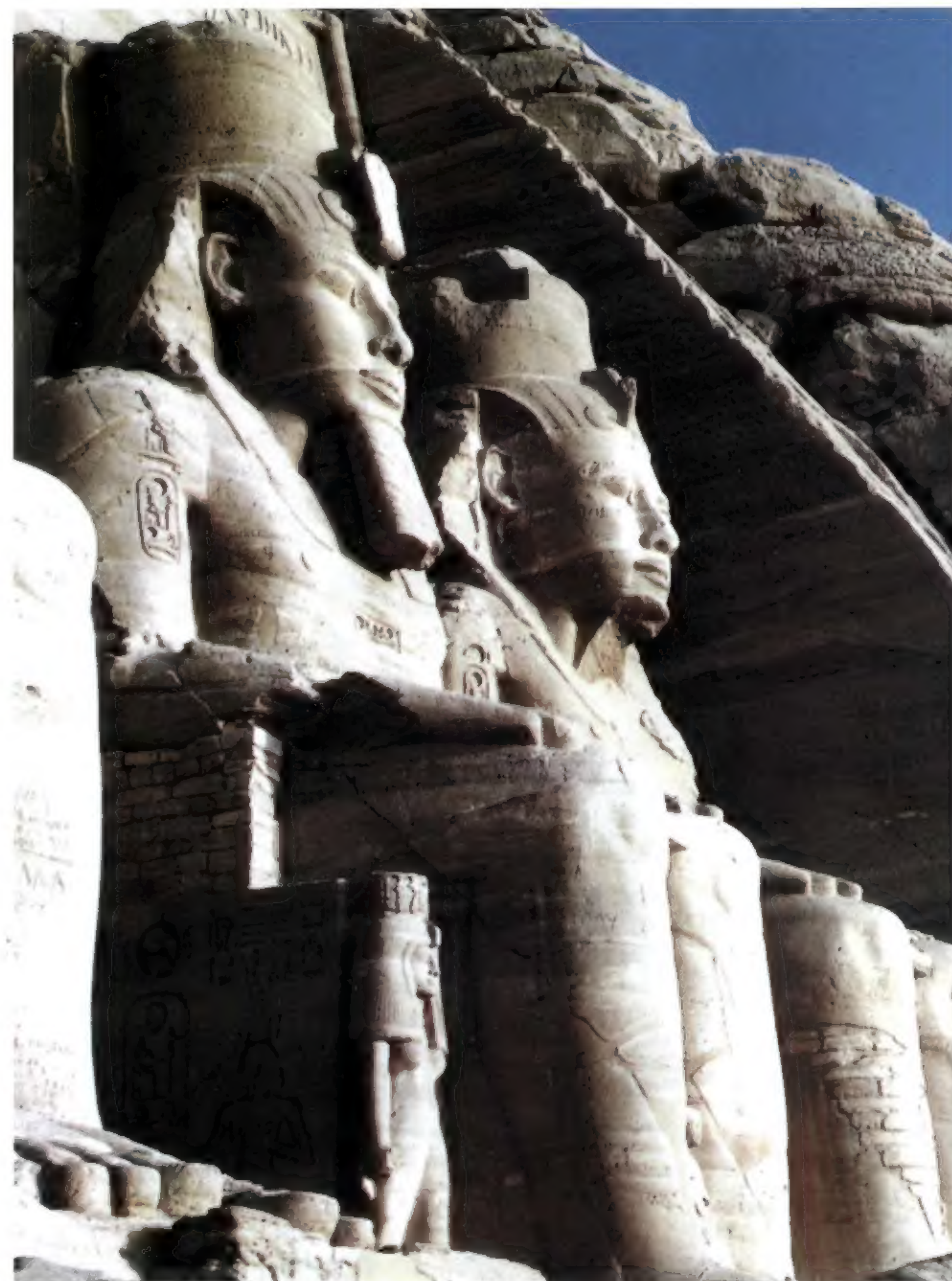
Por el exterior estaban complementadas con otras pirámides auxiliares, destinadas a las reinas y príncipes, con dos templos —uno de recepción y otro de culto funerario— y con la barca solar. Y todo protegido por un adecuado muro de separación.

Durante la época tebana, circunstancias religiosas y exigencias económicas obligaron a abandonar la construcción de pirámides, sustituyéndose por sepulcros excavados en los acantilados que bordean el valle del Nilo. Se trata de los *hipogeos* («bajo tierra»), destinados tanto a los reyes y sus familias como a la nobleza y personajes poderosos.

Tales tumbas consisten en largos corredores lineales o en ángulo, horadados en la roca, pero contando con los mismos componentes que las mastabas, esto es, capilla, pozo y cámara funeraria. Todo su interior está magníficamente decorado con relieves y pinturas de gran belleza. El más famoso de los hipogeos, aunque no el más bello, es el de Tutankhamón, en el Valle de los Reyes.

Tanto en las pirámides como en los hipogeos se intentó desde siempre ocultar el emplazamiento exacto del sarcófago para evitar así su profanación y eventual desaparición, trazando para ello pasadizos y falsas puertas destinadas a desorientar a los ladrones de tumbas. A pesar de tales precauciones la mayoría de las tumbas egipcias fueron ya violadas en tiempos antiguos.

Estatuas colosales de Ramsés II en el templo de Abu Simbel, XIX dinastía (derecha).





Los palacios

Significativos fueron también los palacios reales, verdaderos laberintos de estancias de una gran riqueza ornamental, entre las que destacaban el salón de recepciones y sobre todo la *Ventana de las Apariciones,* reservada ésta para que el faraón se hiciera visible a sus súbditos en determinadas ocasiones.

En algunos casos estos palacios estuvieron incorporados a templos funerarios, como el de Medinet Habu, complejo rodeado de un foso con agua, murallas y torres de guarnición en el acceso principal.

Las condiciones climáticas de Egipto —altas temperaturas y gran luminosidad— incidieron en la configuración de sus ciudades y viviendas, motivando el que en éstas, hechas de adobe, apenas hubiera ventanas y huecos en el exterior, así como el que tuvieran techumbres totalmente planas, en forma de terrazas. Jardines y peristilos servían para combatir el calor y hacer más agradable las viviendas. El pueblo llano, sin embargo, vivió en casas sin apenas comodidades.

El dios Anubis cuida de la momia de Sennedjem, Deir el-Medina, XIX dinastía.

A partir de la Época Baja el arte egipcio se vio influenciado por corrientes extranjeras que contribuyeron a su decadencia. Con el dominio griego y romano Egipto conoció un renacimiento arquitectónico, pero la monumentalidad de pasadas épocas fue sustituida por la armonía y el buen gusto que transmitieron a las nuevas tipologías constructivas.



Principales lugares arqueológicos del Antiguo Egipto.

DEL BARRO A LA PIEDRA

Antes de lograr construir las monumentales y magníficas obras arquitectónicas, tanto religiosas como civiles, que aún hoy día asombran a los que visitan Egipto, sus primeros pobladores tuvieron que adaptarse a los humildes medios materiales que tenían a su alcance. Así, el *barro*, las *cañas* y los *ramajes* constituyeron sus medios expresivos arquitectónicos. La *piedra* y la *madera* apenas tenían significado, por no haberse adquirido todavía las técnicas de su manipulación.

Una vez asumidas las creencias religiosas, que se hundían en la más remota prehistoria, y tenido muy claro que los hombres habían sido creados para alcanzar el fin de los tiempos en compañía de los dioses, tales creencias se aplicaron también a sus principios artísticos, caracterizados por la *perdurabilidad* y el *pragmatismo*.

Junto a las primeras viviendas de los primitivos enclaves neolíticos, sin ningún valor artístico, se ubicaron *sencillas necrópolis* en las que la manipulación de la arcilla y la incipiente labra de la piedra testimoniaban, sin embargo, una futura perfección técnica y un gran sentido artístico.

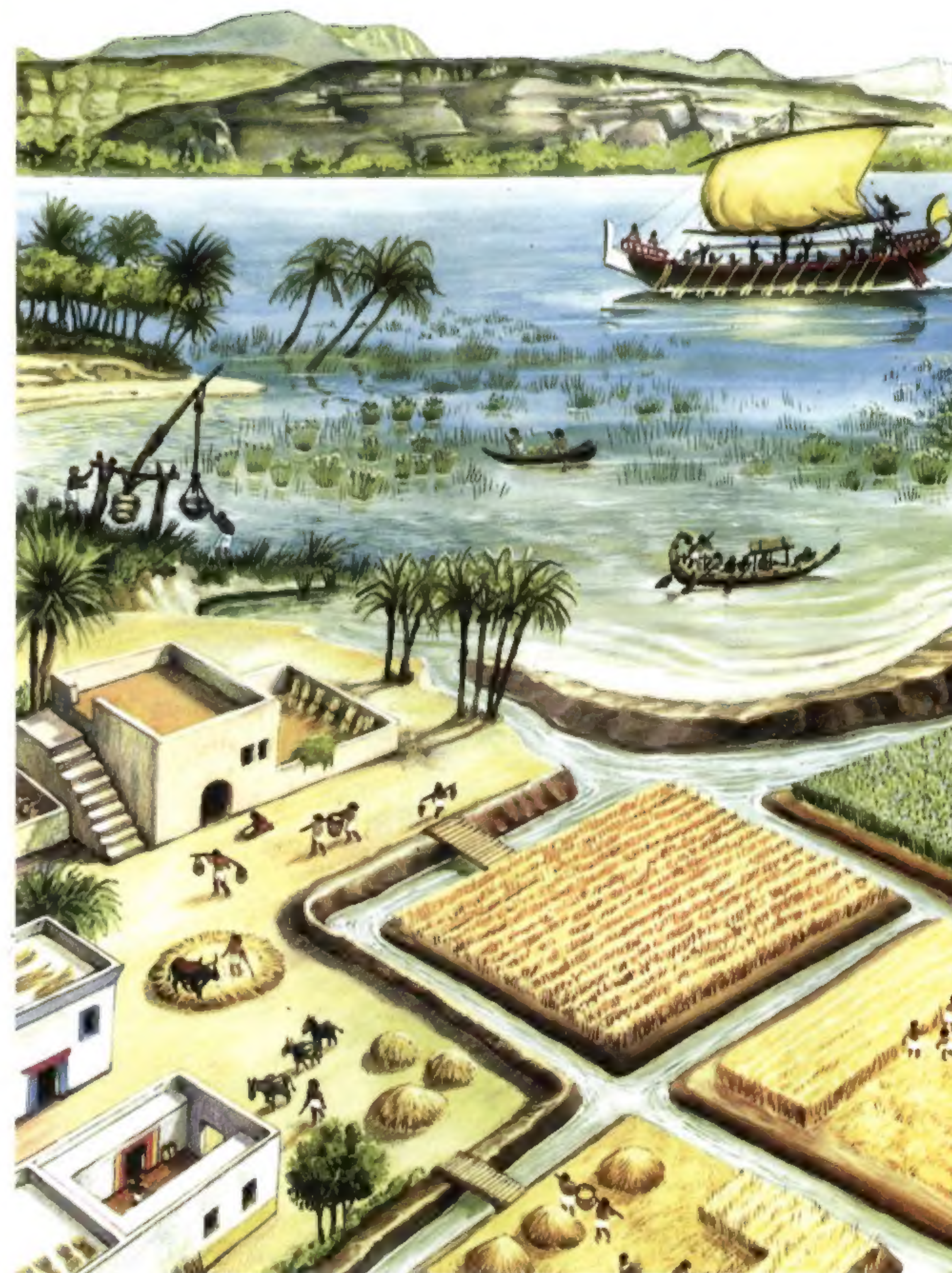
Tales necrópolis, localizadas en el Alto y Bajo Egipto, presentan sensibles diferencias en cuanto al número de sus enterramientos, sus tipologías y sus ajuares. De todas ellas, la de Nagada (3600-3200 a.C.) es la más significativa.

Una vez unificado políticamente Egipto, hacia el año 3100 a.C., sus monarcas, con el fin de testimoniar la efectiva unificación, no dudaron en hacerse enterrar simbólicamente en cuanto Señores del Alto Egipto cerca de Tinis, en Abidos, lugar consagrado a Osiris, el dios de los muertos, y en situar su tumba verdadera, como Señores del Bajo Egipto, en Saqqara, grandioso cementerio próximo a Menfis.

Las tumbas simbólicas consisten en *cenotafios* a modo de túmulos con cámara subterránea, rodeados por otras tumbas, éstas con los restos de las personas de la familia real. De los primitivos templos, en realidad pequeños santuarios, se tienen también pocas referencias. Se reducen básicamente a dos tipos constructivos muy simples y ambos coetáneos: *cámara con cubierta abovedada*, en la que el adobe es el material básico, y *tienda cubierta con esteras* sobre zócalo de estructura lignaria* a modo de «santuario de campaña» (podía ser desmontada y trasladada de un lugar a otro).

Poco es lo que se conoce de las *primeras ciudades*, reduciéndose lo sabido a algunas estructuras de adobe de

Reconstrucción ideal de la vida en un poblado dedicado a la agricultura (derecha).





Detalle de unos recintos ceremoniales en Abidos.

Abidos y de Hieracónpolis. Nada, en cambio, ha llegado de la Menfis de los primeros tiempos, fundada por Menes y que hubo de contar con un magnífico palacio.

Las mastabas tinitas

La construcción típica funeraria de las dos primeras dinastías (período tinita) la constituye la mastaba, edificio de sencillas líneas formado por una superestructura a modo de túmulo regular, al principio de adobe, luego ya con piedra en pavimentos y paredes. En este cuerpo compacto se abrían una capilla funeraria, imperceptible desde el exterior, y una pequeña cámara o *serdab* («sótano», «cueva») en donde se situaba una o varias esculturas del difunto a modo de su doble (*ka*). Un pozo vertical comunicaba la superestructura con el subsuelo en el cual estaba la cámara funeraria con el correspondiente sarcófago.

En este tipo de tumbas, convenientemente ampliadas y en su caso adornadas interiormente, realzadas también con fachadas (*serekh*) que imitaban las de los palacios, fueron enterrados los primeros reyes —todavía no podemos llamarlos con propiedad faraones—, así como sus familiares y personajes cortesanos.

Pueden ser citadas como ejemplares importantes las mastabas de los reyes Uadji y Udimu, de la I dinastía. La primera, en Saqqara, con más de 56 metros de fachada, presenta un rasgo único: la presencia en el exterior de varios centenares de cabezas de toro modeladas en barro y con cornamentas auténticas. La segunda, en Abidos, con gran cámara funeraria y la presencia *por primera vez de un enlosado de piedra*. Mucho más interesante, desde el punto de vista arquitectónico, es la mastaba del noble Nebetka, formada por diferentes superestructuras y convirtiéndose así en el prototipo de lo que sería más tarde la pirámide escalonada.

En Nagada se localizó también una gran mastaba (54 x 27 m), de adobe, con fachada palatina por sus cuatro costados y rodeada por un muro de más de un metro de espesor. No está clara su adscripción, pero se supone que pertenecería a algún personaje importante de la II dinastía (2900 a.C.).



Figurilla femenina danzando, época Nagada.



Barquito de arcilla y cuchillo votivo de Gebel el-Arak, de época nagadiense.

Una casa para la Eternidad

El origen de los centenares de mastabas que han llegado a nuestros días hay que buscarlo en la pequeña colina o túmulo prehistórico que indicaba el lugar donde se había sepultado una persona. Además de su gran interés arquitectónico, por las diferentes tipologías que se desarrollaron, sobresalen por sus elementos complementarios (bajorrelieves, pinturas, estelas, ajuares funerarios, estatuas, inscripciones jeroglíficas con plegarias y ofrendas), todo lo cual las convertiría en una verdadera casa para la Eternidad. Así, podía prolongarse la vida de las personas inhumadas en ellas y conectarla simbólicamente con el mundo de los dioses.

EL IMPERIO ANTIGUO: LA ÉPOCA DE LAS GRANDES PIRÁMIDES

Nuevas corrientes políticas y religiosas, puestas al servicio del Estado; el deseo de realzar la eternidad del rey, asimilado a Osiris, y la querencia de los nobles, sacerdotes y funcionarios de continuar sirviendo a su soberano en el Más Allá motivaron que hacia el 2780 a.C. y durante todo el Imperio Antiguo (dinastías III a IV) la arquitectura —especialmente la menfita— alcanzase un extraordinario desarrollo y una rápida expansión.

La específicamente funeraria conoció dos características nuevas: la *introducción* de la *piedra tallada* como material de empleo común y la *diferenciación volumétrica* entre las tumbas reales (las pirámides) y las de sus súbditos (las mastabas).

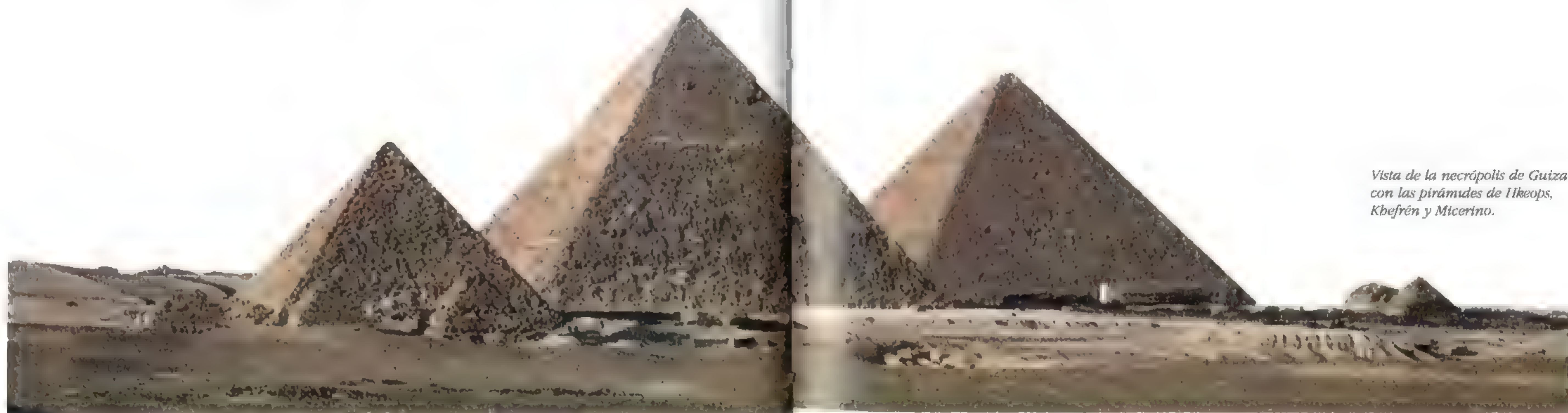
Las pirámides

Las tumbas de los faraones, llamadas por los antiguos egipcios *mer* y conocidas por nosotros con el término griego de *pirámide,* fueron construidas de acuerdo a fórmulas que eran fruto de largos estudios matemáticos, geométricos y técnicos —todavía hoy desconocidos— y que dieron por resultado cuatro tipologías distintas: la pirámide *escalonada,* la *acodada,* la *regular* y la seudopirámide llamada impropiamente *sarcófago.* Cada una de ellas dispuso de un nombre propio, formado bien por el del rey, bien por alguna de sus características constructivas o estéticas.

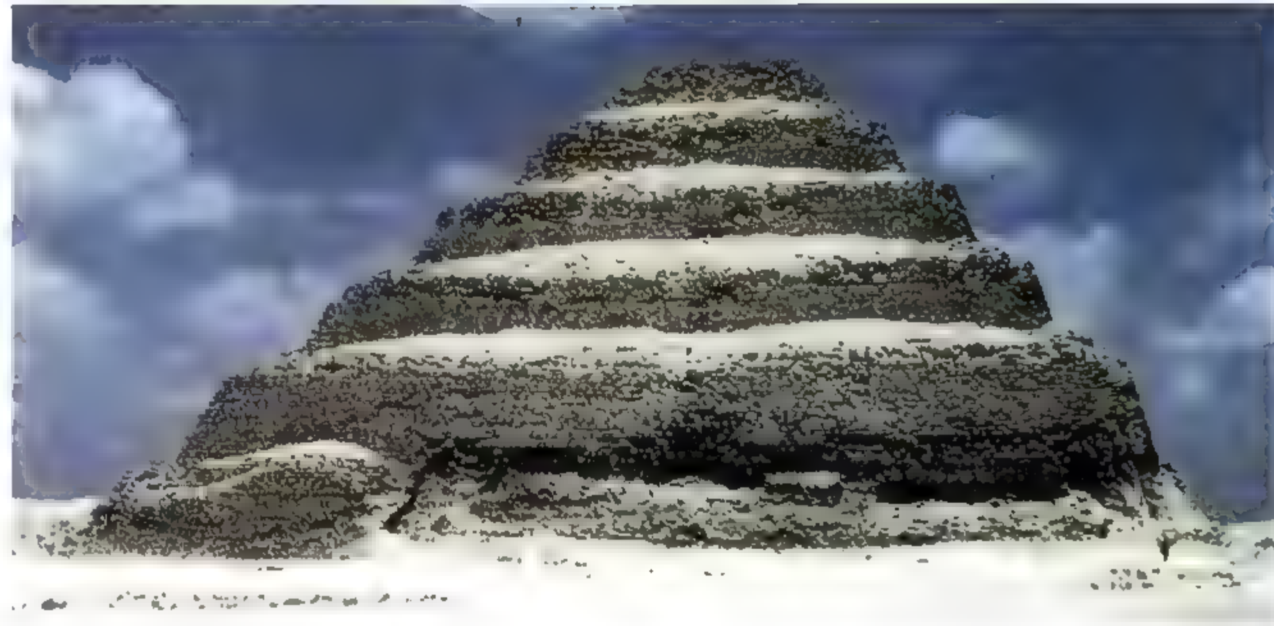
Estas imponentes construcciones hay que valorarlas también como arquitectura de carácter religioso, como lugar de contacto entre el faraón y el mundo de los dioses. Hay que tener presente que la pirámide, de sencillas pero majestuosas líneas, fue tan sólo un elemento más del conjunto funerario. Estos conjuntos constaban de siete elementos: un templo junto al Nilo (Templo del Valle), un corredor o calzada cubierta que conducía al templo funerario (Templo alto), la pirámide principal, las pirámides subsidiarias, las barcas funerarias y la muralla que rodeaba el recinto sagrado.

Las pirámides escalonadas

De las pocas pirámides escalonadas que se erigieron, la de mayor personalidad es la del rey Djeser, de la III dinastía, incluida en un gran complejo funerario de más de 150.000 m^2 de superficie, realizado por el arquitecto Imhotep, una de las personalidades más significativas del Antiguo Egipto.



Vista de la necrópolis de Guiza con las pirámides de Ukeops, Khefrén y Micerino.



Imhotep, inspirándose en las tumbas de mastabas escalonadas y tras seis proyectos constructivos, logró edificar una pirámide escalonada (123 x 107 x 60 m) y otros espacios arquitectónicos complementarios, únicos en la historia de Egipto, en los cuales el rey no sólo tenía su tumba, sino también su «espacio de vida en el Más Allá» para poder efectuar en él la renovación periódica de su jubileo, durante el *festival* llamado *Sed**.

La pirámide en sí consta de una compleja infraestructura de pozos y galerías, con la cámara sepulcral de granito. Por encima se superponen seis mastabas recubiertas con losas de caliza. Todo el conjunto, verdadera creación maestra en la que sobresale la unidad de estilo, está rodeado por una muralla exterior, realzada con entrantes y salientes, y una única puerta de acceso.

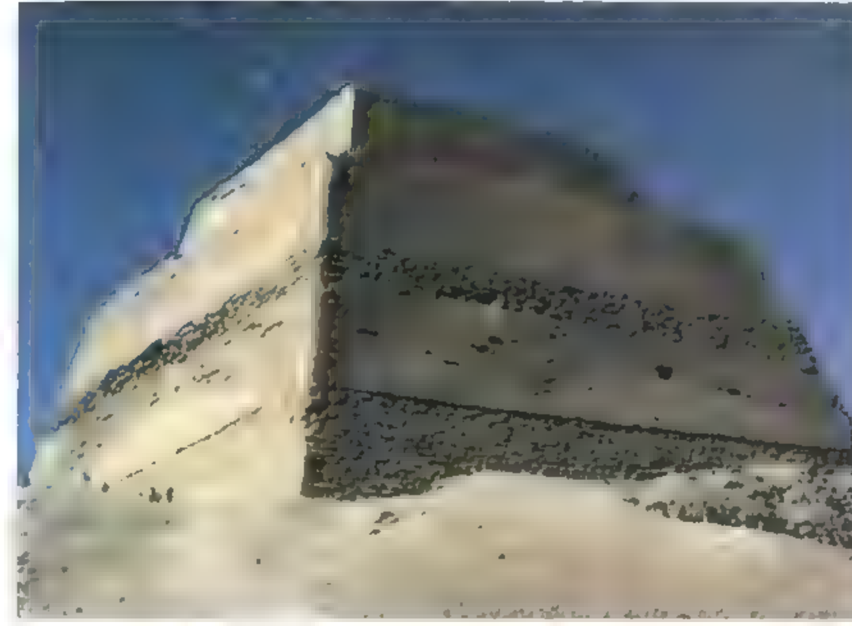
Deben citarse otras dos pirámides escalonadas: la de Sekhemkhet, inacabada y hoy en estado ruinoso, y la de Khaba, así mismo en muy mal estado.

Las pirámides de Snefru

Aunque a Huni, el último rey de la III dinastía, se le ha atribuido la Falsa Pirámide de Meidum, diferentes *graffiti* de la XVIII dinastía la asignaron a Snefru, el primer rey de la IV dinastía.

Variados testimonios arqueológicos prueban que dicho monarca construyó otras dos pirámides en Dashur, conocidas hoy día con los nombres populares de *Acodada*

Pirámide escalonada de Djeser, construida dentro de un gran complejo funerario, III dinastía.



Pirámide de Snefru en Meidum.

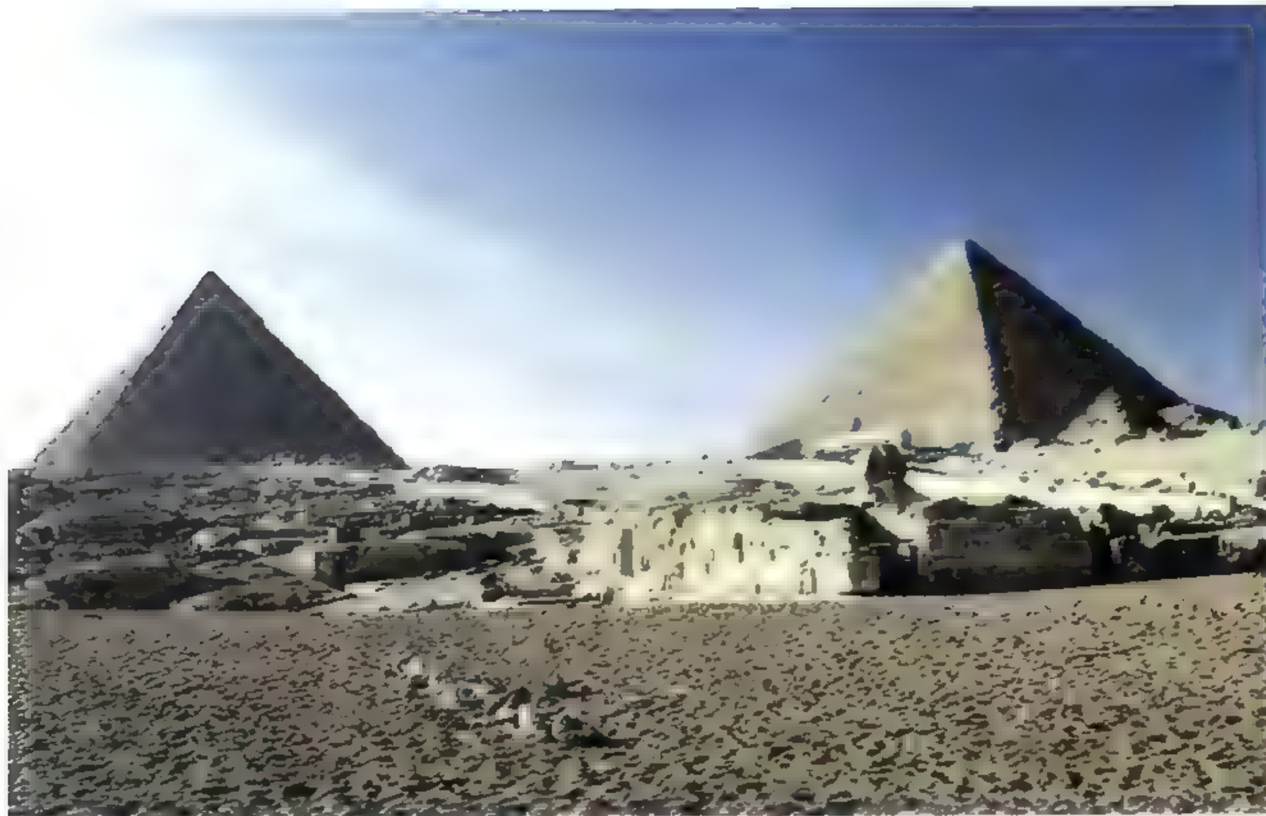
(o Romboidal) y *Roja*. Esta circunstancia hace de Snefru un caso excepcional en la historia de Egipto: un rey con tres pirámides.

La de Meidum, estructurada en un principio en siete mastabas escalonadas, fue modificada y transformada en pirámide regular, pero se vino abajo ya en la Antigüedad. La pirámide Acodada, llamada en su día *Brillante pirámide meridional*, proyectada para alcanzar casi los 200 m de altura, fue modificada a mitad de su construcción, originándose así una pirámide anómala. La Pirámide Roja, conocida como *Pirámide brillante*, constituye la *primera pirámide* en sentido estricto. De más de 100 m de altura y de severas líneas, aunque de perfil un tanto aplanado, ha sido poco estudiada.

Las pirámides de Guiza

Con todo, la más famosa de las pirámides fue la erigida por Kheops, el sucesor de Snefru, en la meseta de Guiza, quien eligió tal lugar para levantar su extraordinaria pirámide (230 x 230 x 146,60 m), que desde entonces constituye el monumento más admirado de todo el mundo.

La misma presenta en su interior una serie de impresionantes corredores, galerías y cámaras, fruto de los sucesivos cambios de planes constructivos que culminan en la cámara funeraria, con techo triangular de descarga, y en la que todavía puede verse el enorme y sencillo sarcófago del rey.



Junto a la misma se levantó la de Khefrén. Conocida como la *Gran Pirámide* era, sin embargo, de proporciones algo menores (215,25 x 215,25 x 143,50 m) y presentaba algunas diferencias técnicas respecto a la de Kheops. La cámara del sarcófago está excavada a nivel del suelo y la superestructura es completamente maciza, conservando en la actualidad el revestimiento de caliza de su vértice, lo que la hace inconfundible.

La pirámide de Micerino o *Pirámide divina* (105 x 105 x 65,5 m) es la más bella de las tres y hubo de acabarse precipitadamente. Su menor volumen debe ponerse en relación con la crisis política, religiosa y económica por la que atravesaba la IV dinastía en sus momentos finales.

Fue reaprovechada durante la XXVI dinastía, momento en que se reavivó el culto a los antiguos reyes. El sarcófago de basalto del rey, hallado en la cámara sepulcral, totalmente excavada en la roca del subsuelo, se perdió durante su traslado a Inglaterra en el transcurso de un naufragio.

Necrópolis de Guiza, en primer término, el campo de tumbas. Detrás, pirámides de Khefrén y Kheops.

Ni que decir tiene que estas tres pirámides, catalogadas como la primera maravilla del mundo, poseyeron sus correspondientes embarcaderos, templos, calzadas,



pirámides subsidiarias y fosos con barcos funerarios, como demuestran los restos materiales existentes y los trabajos arqueológicos.

Impresionante aspecto causan los *cementerios de mastabas* que rodean por tres de sus lados a la pirámide de Kheops, así como la mundialmente admirada *Gran Esfinge*, junto al Templo del Valle de la pirámide de Khefrén, escultura de 20 m de altura y 57 de longitud, tallada en la roca natural con cuerpo leonino y cabeza humana, identificada con el propio Khefrén.

Otras pirámides

Shepseskaf, el hijo de Micerino, obedeciendo nuevas concepciones de culto funerario, ensayó la cuarta tipología piramidal, cercana en mucho a las antiguas mastabas. Se trataba de un nuevo tipo de sepulcro en forma de gigantesco sarcófago (100 x 72 x 18 m), que levantó también en Saqqara, llamada impropiamente en su tiempo la *Pirámide Purificada* y modernamente *Mastaba Faraún*.

De muchos soberanos de la V dinastía nos han llegado sus pirámides, todas de dimensiones modestas —unos 50 m de altura— y de pobre ejecución técnica.

Recinto funerario de Djeser, con la pirámide escalonada del mismo nombre

Esfinge de Guiza.



En Abusir deben destacarse las de los reyes Sahure, con espléndido templo funerario de ricos bajorrelieves; la de Neferirkare, la mayor de las pirámides de tal dinastía; la de Neferefre, inacabada, y la de Niuserre.

En Saqqara sobresalen la pirámide de Userkaf, hoy en estado ruinoso; la de Djedkare-Isesi y, sobre todo, la de Unas, ésta decorada interiormente con los famosos *Textos de las Pirámides*, conjunto de fórmulas mágicas que garantizaban al faraón su supervivencia en el Más Allá.

Respecto a las pirámides de la VI dinastía, ubicadas en Saqqara, deben significarse sus reducidas dimensiones y la pobreza de sus materiales. Quizá la más interesante sea la de Pepi II, último y longevo monarca del Imperio Antiguo, que contó con otras pirámides auxiliares, en las que recibieron sepultura sus esposas.

Estatua del faraón Khefrén. IV dinastía



Las mastabas

Las mastabas, ahora construidas ya totalmente en piedra, con grandes paredes exteriores en acusado talud, reproducían las lujosas casas de gente importante, hecho perceptible por la complejidad de sus numerosos aposentos, por los ajuares depositados en las mismas y por la representación plástica de todo cuanto pudiese evocar la vida terrena a su propietario.

Ejemplos notables de este tipo de tumbas, que se construyeron a centenares sobre todo en Guiza, Saqqara, Abusir y Meidum, lo constituyen para la III dinastía, la de Hesyre, escriba y médico dentista del rey Djeser, realizada con pinturas y paneles de madera de vistosa labra, y la de Khabausokar, gran sacerdote de Menfis. A la IV dinastía pertenecen las mastabas del funcionario Khaemheset y del príncipe Khufukhaf I, de estructura doble y grandes dimensiones. Los cambios políticos y regiliosos sobrevenidos durante la V dinastía motivaron que, al tiempo que las pirámides reales disminuían en importancia, las mastabas de los poderosos y de los sacerdotes se hicieran cada vez mayores y con mayor lujo. De las setenta u ochenta mastabas fechables en esta dinastía pueden destacarse como las mejores las de



La gran pirámide de Kheops

Los egipcios construyeron grandes pirámides durante casi mil años. Las mismas obedecieron a motivos religiosos y funerarios. No todas fueron iguales, pues tanto su forma como sus dimensiones y estructura interior fueron diferentes. He aquí algunas frases del historiador Herodoto acerca de la gran pirámide de Kheops:

«A unos les encomendó la tarea de arrastrar bloques de piedra, desde las canteras situadas en la cordillera arábiga hasta el Nilo, y a otros les ordenó hacerse cargo de los bloques, una vez transportados en embarcaciones (...). Trabajaban permanentemente en turnos de cien mil hombres, en razón de tres meses cada turno (...). El pueblo estuvo por espacio de diez años penosamente empeñado en la construcción de la calzada (...). Por su parte, en la construcción de la pirámide propiamente dicha se emplearon veinte años (...). Lo primero que se acabó fue la zona superior, luego ultimaron las partes inferiores y, finalmente, remataron las contiguas al suelo, es decir, las más bajas. En la pirámide consta, en caracteres egipcios, lo que se gastó en rábanos, cebollas y ajos para los obreros.»



Estatua en la tumba de Ti, Saqqara.

Ptahotep y Akhuthotep, con corredores, vestíbulo de pilares y cámara, con numerosas decoraciones alusivas a la vida de sus propietarios, y la del funcionario Ti, la más hermosa y grande de la necrópolis menfita, de compleja planta, organizada en torno a un vestíbulo y adornada con insuperables bajorrelieves.

Templos al dios Re

Prescindiendo de las capillas y templos escenográficos del conjunto funerario de Djeser, no se puede hablar de arquitectura religiosa con personalidad hasta la V dinastía, momento en que sus reyes (ya el primero de ellos, Userkaf) levantaron templos solares al dios Re, con quien se identifican.

Dichos templos constan de una serie de elementos fijos: pórtico del Valle, calzada cubierta, pórtico alto, patio rectangular a cielo abierto, altar y obelisco, llamado *benben*, sobre plataforma troncopiramidal.

Dos siglos de crisis

Al Imperio Antiguo le sucede el Primer Período Intermedio (dinastías VII a XI —hasta el 2061 a.C.—), etapa de casi dos siglos de duración, caracterizada por la confusión en todos los órdenes; entre ellos, el artístico.

La arquitectura va a conocer un retroceso muy significativo. Las pirámides (de Ibi, de Merikare, por ejemplo) son de ladrillo y de proporciones muy modestas, las mastabas de los funcionarios menfitas y heracleopolitanos serán también menos espectaculares y, por supuesto, más pobres. En el Alto Egipto, adonde se ha desplazado el centro de interés político de Egipto, se va a conocer, sin embargo, el comienzo de un nuevo arte de acentuado carácter provincial, pero que sabrá crear su propio estilo.

Los testimonios artísticos de este Período, siempre muy pobres, se reducen a bloques de templos, a los restos de unas pocas fortalezas y sobre todo a tumbas rupestres (hipogeos) que van a conocer su desarrollo pleno. Una variante de estos hipogeos son las tumbas en *saff* (en árabe, «fila»), consistentes en tumbas reagrupadas, presentando diferentes aberturas, regularmente alineadas sobre una pared rocosa. El mejor ejemplo de este tipo de enterramientos es el facilitado por las tres tumbas de los Antef, príncipes tebanos de comienzos de la XI dinastía, existentes en el-Tarif.



Nofret, esposa de Rahotep, IV dinastía, Museo de El Cairo

El Imperio Medio: la época clásica

Después de la unificación del país, la prosperidad volvió a hacerse presente. Las construcciones reales, los templos, las tumbas y demás edificios, y sobre todo la plástica, naturalmente, se beneficiaron de la nueva situación, aunque desde el punto de vista económico no se pudo llegar a las cotas de riqueza de tiempos pasados. Esta circunstancia puede verse sobre todo en el aprovechamiento que se hará del adobe para el relleno de pirámides y muros de templos (antes eran de piedra) y en las dimensiones, más reducidas, de las construcciones. Sin embargo, lo que se perdió en monumentalidad se compensó con el equilibrio y la elegancia.

Los monumentos funerarios

El único monumento funerario, verdaderamente original, de la XI dinastía es el que construyó Mentuhotep II en la orilla occidental de Tebas, en Deir el-Bahari. Tras cuatro cambios de planes se obtuvo un cuerpo exento por delante del acantilado rocoso, en cuyo interior se labraron unos patios y un largo corredor subterráneo que conducía a la cámara sepulcral. El cuerpo exento consistía en dos terrazas superpuestas, sostenidas por pilastras, sobre las cuales se elevaba muy probablemente una pequeña pirámide.

Los reyes de la XII dinastía prefirieron, sin embargo, como tumba la tradicional pirámide, si bien cada una de ellas con sensibles diferencias de proporciones y calidad respecto a las del Imperio Antiguo.

La nobleza cortesana de la nueva capital, establecida en Ittauy, no lejos de la actual el-Lisht, continuó inhumándose en mastabas cercanas a la pirámides de sus soberanos. Por su parte, la nobleza del Alto Egipto continuó enterrándose en hipogeos cada vez más espaciosos y mejor decorados, en los cuales a las novedades técnicas (tipo de plantas, variedad de columnas, relieves) se añadieron reinterpretaciones plásticas de la temática de tiempos pasados.

Muy significativas por su importancia son las tumbas de las necrópolis de Deir el-Bersha (*Tumba de Tothotep*) y de Meir (*Tumba de Senbi*). De mayor calidad técnica y artística fueron, sin embargo, los *hipogeos de Beni-Hasan*, lugar de inhumación de una poderosa familia local. Aquí los pórticos



Estatua de Mentuhotep II

protodóricos*, cámaras, techos y columnatas son de alto interés, complementado por la calidad de su decoración. De estos hipogeos deben ser citados los de Khnumhotep y de Amenemhat, que vivieron durante la XII dinastía.

A esta misma dinastía pertenecen las *lujosas tumbas de Kau el-Kebir,* en el Alto Egipto, correspondientes a los príncipes Uakha I e Ibi, las cuales armonizan la idea de tumba rupestre con templo funerario. En las mismas se sigue la distribución estructural de las pirámides del Imperio Antiguo, excepto que la propia pirámide ha sido sustituida por el acantilado natural.

Templos y lugares de culto

La mayoría de las construcciones religiosas de esta época han desaparecido o han llegado profundamente alteradas debido a las reformas y ampliaciones posteriores. Fue, según ha evidenciado la arqueología, una época de gran ritmo constructivo, en la que se introdujeron ciertas innovaciones técnicas y estructurales, entre ellas el *pilono* y los *obeliscos,* elementos que ya no se abandonarían nunca más en las construcciones templares.



Templo funerario de Hatsepsut en primer plano y de Mentuhotep II, al fondo, en Deir el-Bahari.



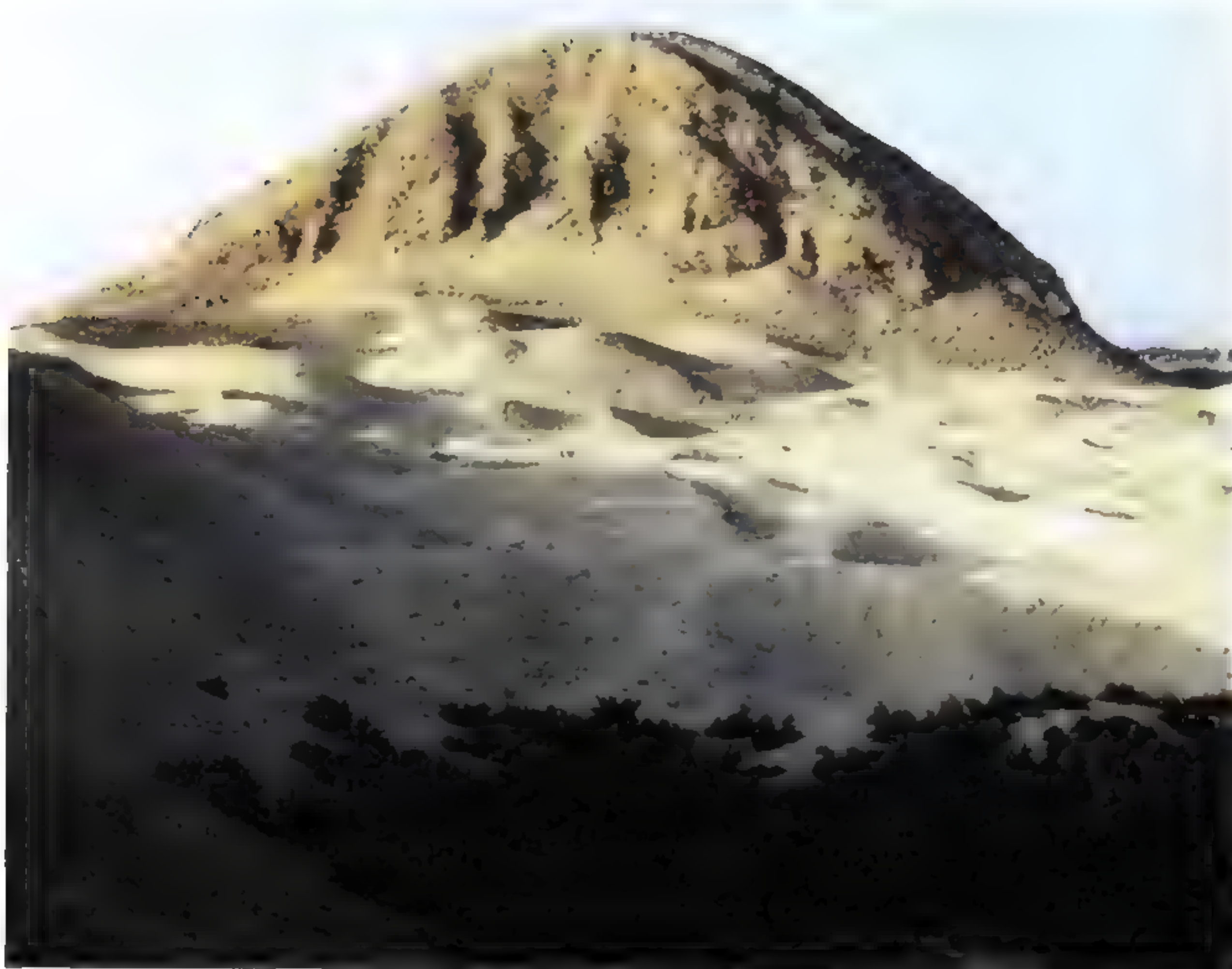
El faraón Sesostris III, XII dinastía.

De los pocos testimonios llegados hay que consignar el *Templo de la diosa Renennutet* y del *dios Sobek,* levantado en Medinet Maadi (El Fayum), ampliado en época ptolemaica, y el de *Herisbef,* en Heracleópolis Magna.

Sin embargo, lo mejor de la arquitectura religiosa del Imperio Medio fue la Capilla de Sesostris I, construida en Karnak, en el recinto del Templo de Amón. La misma, conocida popularmente como *Capilla blanca,* consiste en un pequeño quiosco períptero* de tres cuerpos con doble rampa de acceso y podio, destinada primero a las fiestas jubilares del monarca y tras su muerte a capilla de recepción de la barca de Amón durante las procesiones.

Otras arquitecturas

Respecto a las construcciones civiles, los modelos de madera y de barro que se enterraron en las tumbas, y que reproducían a pequeña escala las casas, permiten hacernos una idea de cómo fueron las *viviendas.*



Pirámide de Hawara, actualmente en ruinas, construida por Amenemhat II XII dinastía

El enclave de Kahun nos ha facilitado el conocer la *ciudad de los obreros* que trabajaron en las obras de la pirámide de Sesostris II y de los que vivieron allí para la conservación de la misma. Consistía, en lo conocido hasta ahora, en tres barrios: dos destinados a los funcionarios, con casas incluso elegantes, y otro reservado a los obreros y separado de los anteriores por una gruesa muralla. Toda la ciudad, de planta ortogonal*, estuvo rodeada por una muralla de adobe con dos puertas de acceso.

De las *construcciones militares* de este Período tenemos referencia por los restos de algunas fortalezas de Nubia, en especial de Buhen, Mirgissa y Semna. Fosos, torres, almenas y puertas de acceso eran lo más relevante.

Mención aparte merece la política de *obras públicas* promovida por los faraones de la XII dinastía, siendo la más significativa la plasmada en el oasis de El Fayum. Los



Pirámide de Kahum, construida por Sesostris II, XII dinastía

canales, diques y presas hablan del alto grado técnico de sus arquitectos e ingenieros.

La decadencia del Segundo Período Intermedio

Con la desaparición de la reina Sebeknefrure se abría en Egipto una nueva época de decadencia de algo más de dos siglos de duración (1778-1567 a.C.), conocida como Segundo Período Intermedio, que se caracterizó por la existencia de una serie de insignificantes faraones, que formaron la XIII y la XIV dinastías; por la toma del poder por gente asiática (los hicsos), que formaron la XV y la XVI dinastías, y por la subsiguiente guerra de liberación encabezada por los príncipes de Tebas (Kamose y Ahmose), que lograrían expulsar a los advenedizos.

En arte y arqueología este Período es de *total decadencia*, pues, aun ignorando las aportaciones que los



Detalle de la estela de Amenembat. XII dinastía. Museo de El Cairo.

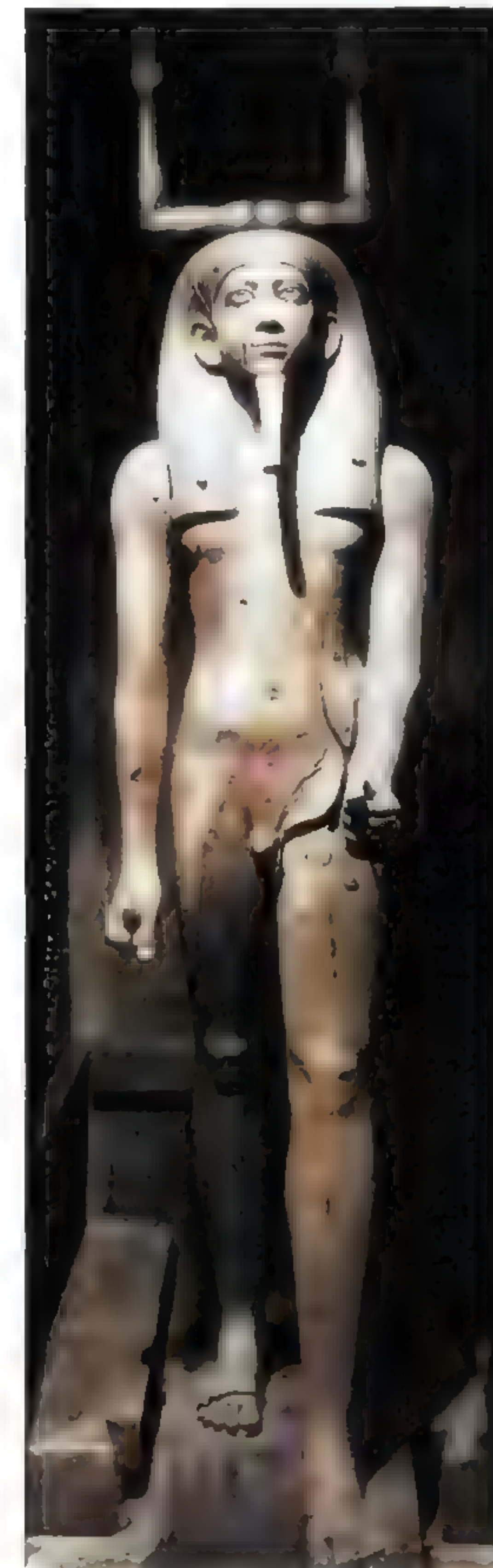
Algunos arquitectos importantes

A pesar del anonimato de las obras de arte egipcias, algunos nombres de importantes arquitectos han sobrevivido hasta nosotros. Entre ellos deben ser citados Imhotep (hacia el 2750 a.C.), que también fue sacerdote, astrónomo, médico y escritor, autor de la pirámide escalonada; Senmut (hacia el 1465 a.C.), influyente funcionario, favorito de la reina Hatshepsut, autor del templo funerario de Deir el-Bahari; Amenhotep, hijo de Hapu (hacia el 1380 a.C.), a quien se debe el templo de Amenofis III, obra de la cual tan sólo restan los célebres Colosos de Memnón, y Khumibre (hacia el 500 a.C.), a quien no se le adscriben monumentos concretos. Otros arquitectos célebres fueron: Saur, Heqaib, Intef, Djehutiemsaf, Neshu y Amosissaneit.

hicsos hubiesen podido hacer, la sistemática destrucción de sus obras por parte de los tebanos las han borrado de Egipto.

Las excavaciones de Avaris, capital de los hicsos, identificada con la actual Tell el-Daba, cerca de Qantir, en el delta oriental, apenas han facilitado nada digno de interés. Todo lo más han permitido conocer los *restos de un templo* dedicado al dios Seth, un *palacio con pinturas murales al fresco de tipo minoico,* algunas esfinges, un buen número de *escarabeos** y su *sistema de enterramiento,* consistente en tumbas ubicadas alrededor de un santuario, en las que se depositan los restos de sus caballos, o en tumbas situadas en las propias casas.

De la XIII dinastía, anterior a la etapa hicsa, bien poco es lo que se sabe, arquitectónicamente hablando. Sus reyes continuaron enterrándose en *pequeñas pirámides,* según han evidenciado las de Userkare Khendjer en Saqqara, construida con adobes, y la de Ameni Qemau, ésta inacabada y levantada en Dashur. Cerca de esta pirámide se halla la tumba del efímero faraón Auibre Hor I, famosa por haberse hallado en ella su célebre *estatua ka* de madera, verdadera joya del Museo de El Cairo.



Estatua ka *del faraón Auibre Hor, XIII dinastía*

El Imperio Nuevo: grandes templos para los dioses

La expulsión y posterior persecución de los hicsos hizo a las tropas egipcias adentrarse en Palestina y Siria y conectar también con gentes mitannias e hititas. Se iniciaba así, en 1567 a.C., en Egipto, la relativamente larga etapa del Imperio Nuevo, formado por tres dinastías (XVIII a XX) de notable memoria histórica, etapa en la que el país del Nilo había sido capaz de elevarse a primera potencia.

Esta circunstancia tendría su reflejo en todos los órdenes. El concepto de realeza cambió profundamente, el dios Amón encabezó —salvo el episodio amárnico*— el panteón religioso. Y el arte, en fin, alcanzó cotas de gran calidad, pues además de su tradicional evaluación como *arte utilitario*, llegó a ser contemplado como *goce estético*, demandado por soberanos y particulares.

Donde los arquitectos dejaron la impronta de su genio fue en los templos y en las construcciones funerarias, que ahora volvían a destacar por su colosalismo —la sala hipóstila de Karnak cubre una superficie de 5.356 m²—, muchos de cuyos ejemplares nos han permitido conocer los conceptos constructivos de tal etapa histórica.

Básicamente, el templo clásico del Imperio Nuevo constaba de dos grandes sectores: el abierto a los fieles y el reservado al personal sagrado. El primero lo componía un *dromos*, o avenida flanqueada por numerosas esfinges; un pilono, o puerta monumental realzada con obeliscos; un primer patio porticado, o *pronaos**, y una sala hipóstila, dividida en tres o más naves. A continuación se pasaba a las estancias del segundo sector, de acceso restringido, y constituidas por otros *pronaos* o salas de ofrendas y un *naos** o santuario con el tabernáculo para la estatua del dios. Todas estas estancias suelen estar rodeadas por capillas para divinidades secundarias, almacenes, viviendas y hasta un lago sagrado. Un grueso muro aislaba estas dependencias del mundo exterior.

Los mejores templos

Donde más claramente se manifestó la magnificencia de los faraones de la XVIII dinastía fue en la arquitectura religiosa, presente en toda la geografía de Egipto, pero singularmente en Karnak, aquí con el *grandioso Templo de Amón*, que se constituyó, junto con el dedicado al dios Khonsu, en el prototipo de templo egipcio, descrito antes.

Columnas del patio de Amenofis III en Luxor (derecha).





Vista parcial del templo de Amón en Karnak

El Templo de Karnak, resultado de un trabajo ininterrumpido desde la XVIII dinastía hasta la época romana, ocupa una superficie de unos 250.000 m², que se distribuye en torno a dos grandes ejes. El principal, de este a oeste, contiene seis pilonos monumentales, junto a multitud de estancias (entre ellas la Sala de Fiestas o *Akhmenu* de Tutmosis III) y salas hipóstilas del mayor interés. En este sector sobresalen los obeliscos de Tutmosis I, Hatshepsut y Tutmosis III. El eje sur-norte, con cuatro pilonos, presenta también otra serie de habitaciones, patios y capillas secundarias muy interesantes. Dos avenidas con esfinges lo conectaban respectivamente con el *Templo de la diosa Mut*, esposa de Amón, y con el *Templo de Luxor*, éste a una distancia de 2,5 kilómetros.

En el sector norte, fuera del recinto del templo, Tutmosis III levantó otro pequeño templo a Montu, más tarde restaurado por los Tolomeos. La forman tres capillas decoradas con hermosos relieves.

Otro grandioso templo es el de Luxor, levantado por Amenofis III y completado por otros monarcas. El mismo servía como capilla de Amón para la gran *fiesta anual de Opet*, en la que las estatuas de los dioses se sacaban en procesión. Tal como puede verse hoy, es fruto de las sucesivas ampliaciones. Dignos de interés son sus pilonos, su columnata, su sala hipóstila, el *pronaos*, la sala de la teogamia y el santuario. Descentrado de su eje longitudinal aparece el pilono y patio de Ramsés II, que abre el conjunto, y que se hubieron de planificar así a efectos de respetar una capilla de Tutmosis III.

En otros lugares del Alto Egipto también edificaron los faraones de esta dinastía, según prueban los restos del pequeño templo tutmósida en Medinet Habu y los de los templos de Montu existentes en Ermant, Tod y Medamud. En Elefantina se levantó un pequeño santuario. Por su parte, Nubia vio también la construcción de importantes templos. Fara, Buhen, Semna, Qumna, Soleb y Sedegna son testigos de ellos.

Digna de ser reseñada es la *Capilla rupestre*, excavada por orden de Hatshepsut y Tutmosis III, en la pared de un barranco no lejos de Beni-Hasan, dedicada a la diosa leona Pakhet, capilla luego restaurada por Seti I. Tras un vestíbulo de ocho pilares, un corto pasaje conduce a la capilla en cuyo fondo estaba la estatua de la divinidad. Las pinturas y los textos, algunos martilleados, son de notable interés. Los griegos conocieron este templo-caverna con el nombre de *Speos Artemidos*.



Los llamados colosos de Memnón en la orilla occidental del Nilo. Tebas.



Al final de la dinastía, el monarca Horemheb ordenó excavar otro *speos* en el Djebel Silsila, consistente en fachada corrida con cinco aberturas y capilla interior rectangular. Este tipo rupestre alcanzaría gran predicamento en la dinastía siguiente, la XIX.

Finalmente, en el Bajo Egipto son de cierta relevancia las construcciones del *Templo de Re* en Heliópolis y del de *Ptat* en Menfis, así como las dos primeras galerías del impresionante edificio subterráneo conocido como *Serapeum*, lugar de enterramiento de los toros sagrados Apis.

Deben ser consignados también aquí los *templos solares* que volvieron a ser construidos por orden de Amenofis IV —o Akhenatón, nombre adoptado por tal rey al aceptar como único dios al disco solar Atón—, personalidad de gran trascendencia para el arte egipcio. La nueva religión al aire libre exigía templos de espacios abiertos. En consecuencia, se levantaron construcciones muy similares a las de los templos solares del Imperio Antiguo, aunque ahora carecían de obeliscos. De todos ellos, hay que reseñar el que se ubicó en la *nueva ciudad de Akhetatón* (hoy, Tell el-Amarna), edificado deprisa con adobes y bloques de arenisca y sin apenas interés arquitectónico.

Columnata de Amenofis III en el templo de Luxor.

La arquitectura religiosa ramésida

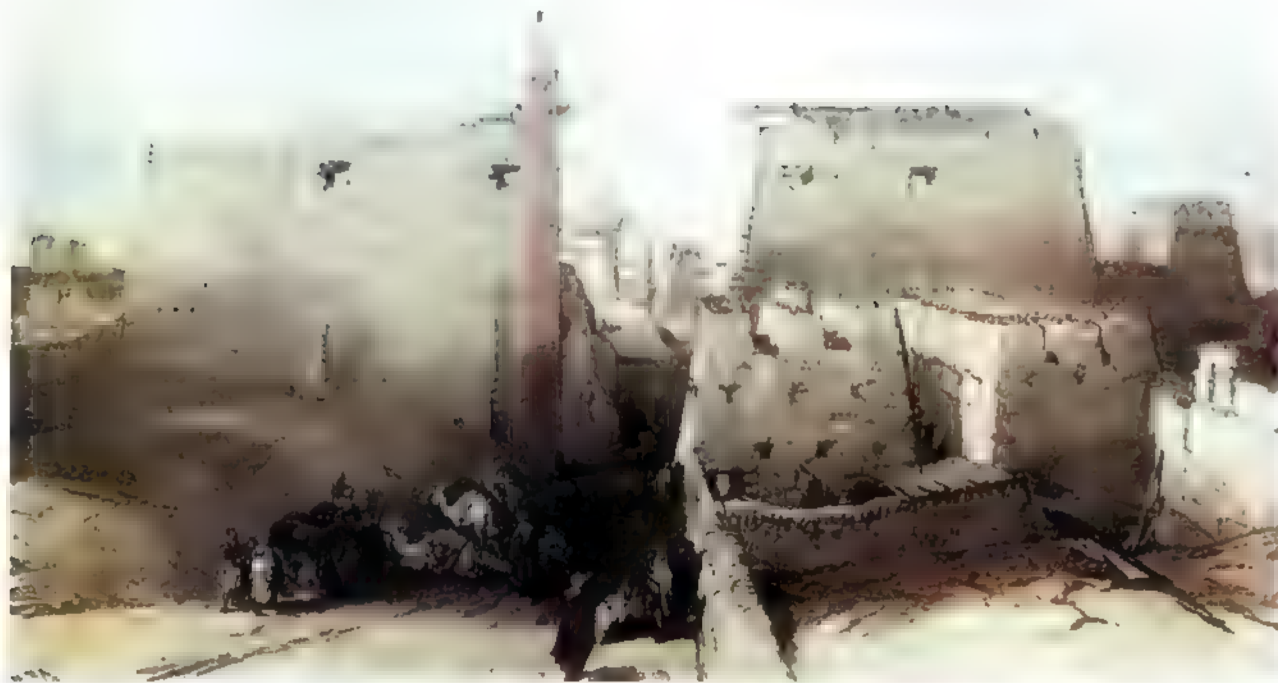
Durante las dinastías XIX y XX —llamadas *ramésidas* por haber sido gobernadas en su mayoría por once reyes de igual nombre, Ramsés (o Rameses)— una gran actividad constructora se desplegó por todo Egipto, caracterizada por la monumentalidad dada en especial a los templos.

El de Karnak conoció la ampliación de sus estancias, siendo lo más notable la inclusión de un templo o santuario para guardar las barcas de la tríada tebana (Amón, Mut, Khonsu), obra de Ramsés III, y, sobre todo, la erección de su gran sala hipóstila, verdadero bosque de 134 columnas de entre 15 y 22,50 m de altura, y que hacía de ella la mayor sala hipóstila de todo el país.

No lejos de este templo se levantó otro dedicado a Khonsu, el hijo de Amón y de Mut. En el mismo, verdadero paradigma de la arquitectura templar egipcia, destaca la sala de la barca sagrada por sus bajorrelieves rehundidos, obra de Ramsés III.



Primer pilono del templo de Amón en Luxor.



Así vio David Roberts en 1838 la entrada al templo de Amón en Luxor.

Luxor vio también acrecentar su templo, sobre todo gracias a Ramsés II, autor del primer pilono y del primer patio del mismo. Las murallas del recinto fueron decoradas exteriormente con magníficos relieves.

En Abidos, a 170 km de Luxor, Seti I se hizo construir un magnífico templo del que sólo se conserva su sector meridional. Siguiendo el clásico eje longitudinal, este edificio consta de pilono y patio (hoy prácticamente desaparecidos), pórtico con pilares decorados con finos relieves, fachada de siete puertas, dos salas hipóstilas, ambas con insuperable ornamentación, siete capillas —una delicada al propio faraón divinizado— y una capilla osiríaca*. En un eje transversal se situó la sala de Sokaris, el *Corredor de los Reyes*, llamado así por la lista con los nombres de 76 faraones que hay en sus paredes, y otras estancias columnadas. La elección de aquel lugar para tal templo —verdadero *exvoto* del rey— se debió a que allí, en sus cercanías, se hallaba el solar de la tradicional tumba de Osiris, de gran significado religioso y simbólico ya desde el Imperio Antiguo, sobre el que se construyó el magnífico *Osireion*, que acabaría Merneptath.

Así mismo, en Gurna construyó un *palacio ritual funerario* —el más antiguo de estas características— y

comenzó otro templo funerario que hubo de acabar su hijo y sucesor Ramsés II.

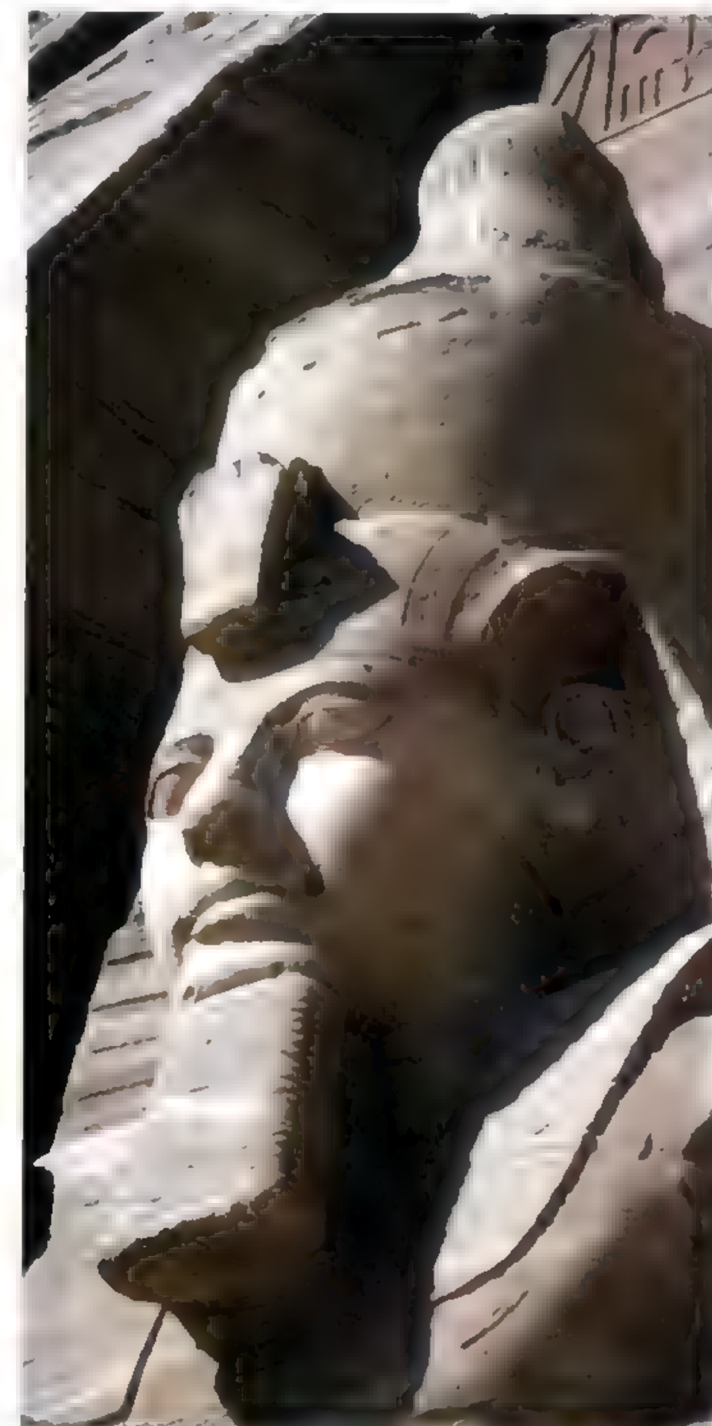
Abu Simbel: dos grandes templos en la roca

Otros dos magníficos ejemplares de la arquitectura religiosa lo constituyen los templos rupestres —llamados *speos*— que Ramsés II ordenó excavar armonizando con la imponente majestuosidad del paisaje en las rocas de Abu Simbel y que a fin de no quedar inundados por las aguas del moderno lago Nasser hubieron de ser reubicados en 1968 en dos colinas artificiales en un plano topográfico más elevado.

El primero o *Gran Speos* fue construido para conmemorar una fiesta *Sed* del propio faraón. Consta de una monumental fachada exterior con cuatro colosos de 20 m de altura —dos a cada lado de la puerta— que representan al propio Ramsés. El interior, con un eje longitudinal de casi 100 m, lo forman la sala de los pilares osiríacos, la sala de las ofrendas, un *pronaos* y un *naos* con cuatro estatuas, las cuales se iluminaban dos veces al año —durante los equinoccios— al impactar en ellas directamente los rayos del sol naciente. Diferentes relieves alusivos a las actividades del rey y a temática religiosa realzan la belleza de este templo rupestre.

El segundo templo —*Pequeño Speos*— es de líneas más armoniosas. Su fachada está decorada con seis estatuas —cuatro del rey y dos de la reina, colocadas en nichos— de gran plasticidad. Traspasada la puerta, se abre una sala con pilares hathóricos y el santuario. Sus paredes se hallan

Detalle de la colosal estatua de Ramses II. Abu Simbel



decoradas con motivos religiosos en los que la reina Nefertari —la favorita real y a quien le fue dedicado el templo— está asimilada a la diosa Hathor.

El Valle de los Reyes

Los faraones del Imperio Nuevo dejaron de enterrarse en pirámides no sólo para economizar medios, sino también para evitar los saqueos a que habían sido sometidas desde tiempos atrás por parte de los ladrones de tumbas. En ese sentido, buscaron mayor seguridad, haciéndose por ello enterrar en un lugar apartado y agreste —el *Valle de los Reyes* (Biban el-Moluk)—, en suntuosos hipogeos, pero sin situar señales externas que delataran la tumba.

A pesar de las precauciones tomadas, ya en la propia época ramésida los saqueadores hicieron acto de presencia profanando momias, rompiendo sarcófagos y robando cuanto de interés económico hubiese en ellas, hecho conocido por los juicios a que tales acciones sacrílegas dieron lugar y por los establecimientos de *cachettes* (escondrijos) para ocultar las momias.

Todos los hipogeos tebanos se parecen en su disposición: una puerta de acceso labrada en roca, un largo corredor excavado en pendiente y dividido en compartimentos, con pasadizos, nichos, capillas laterales y cámara mortuoria con pilares.



La tumba de Nefertari

Ramsés II (1290-1223 a.C.) fue uno de los faraones más importantes de Egipto. De su vida privada conocemos algunos importantes detalles relacionados con su numerosa familia, llegando a tener más de cien hijos de sus diferentes esposas y numerosas concubinas. La más amada de todas fue la bellísima Nefertari, según sabemos por la documentación que nos ha llegado. Para ella hizo excavar, además del pequeño templo-speos de Abu-Simbel, la tumba más grande y mejor decorada del Valle de las Reinas, demostrando así el amor que tuvo a tal mujer. Tal tumba, tipológicamente un hipogeo, causa una enorme impresión en el visitante que accede a sus cámaras, tachonadas de estrellas y de deslumbrantes paredes repletas de bajorrelieves polícromos. Descubierta en el año 1904 por el italiano Ernesto de Schiaparelli, tras haber sido restaurada, ha sido abierta al público, que puede acceder a la misma abonando la correspondiente entrada.



Columnas del templo funerario conocido como Ramesseum.

El primer rey enterrado en el Valle de los Reyes fue Amenofis I y tras él, excepto Akhenatón y alguno más, lo fueron los reyes del Imperio Nuevo hasta Ramsés XI. De los setenta hipogeos existentes deben destacarse en la XVIII dinastía el de Amenofis II y el de Tutmosis III.

Más al oeste, en el llamado *Valle de los Monos* —por existir aquí una necrópolis de monos sagrados—, tuvieron sus hipogeos los faraones Amenofis III y Ay, éste inacabado.

Durante el período amarniense los nobles cortesanos se hicieron enterrar en dos necrópolis excavadas en el anfiteatro rocoso natural cercano a Tell el-Amarna. Las mismas han facilitado 25 tumbas rupestres, sobresaliendo entre ellas la del propio faraón Akhenatón, ubicada en el


Cerámica de la XVIII dinastía


Figurilla femenina en madera, Imperio Nuevo.

Wadi Real; la del gran sacerdote de Atón, Merire; la del vigilante del Harén, Huia, y la del sacerdote y padre divino Ay, que luego llegaría a ser faraón, momento en que ordenó construir otra tumba en Tebas.

Con todo, la *tumba más popular y famosa* es la de *Tutankhamón*, descubierta en 1922 por Howard Carter. La misma, con puerta de acceso, escaleras, corredor en pendiente, vestíbulo y cámara funeraria, ha proporcionado la totalidad del ajuar funerario del joven monarca en ella sepultado, a pesar de haber sido profanada ya en época ramésida.

Por su gran interés científico, a pesar de su lamentable estado, debe ser citado el hipogeo de lo que podría ser la tumba de cincuenta y dos de los más de cien hijos que tuvo Ramsés II, ubicada no lejos de la de éste. Estructuralmente es única, con planta en forma de T, precedida de vestíbulo y grandioso salón de columnas. No se descarta que tenga dos niveles de cámaras.

Por su parte, las reinas, príncipes y princesas se hicieron enterrar al sur de la cima tebana, en el *Valle de las Reinas* (Biban el-Harim), en sepulturas muy similares. Su casi centenar de tumbas están inacabadas o muy degradadas. De las correspondientes a esta dinastía tan sólo es destacable de la Khaemuaset, uno de los hijos de Ramsés III.

El templo de Hatshepsut

La monumentalidad que habían ido perdiendo los enterramientos reales —reservados sólo para la conservación de los féretros— fue compensada en esta época con la construcción de espectaculares *templos funerarios independientes*, y a veces distantes, de las propias tumbas. Los mismos quedaron sujetos a la tipología, aspecto y construcción de los templos de los dioses antes reseñados.

Importantes ejemplos son los *templos de Hatshepsut* y *de Tutmosis III* en Deir el-Bahari y el *de Amenofis III* en la zona de Kom el-Hettan.

El primero, «el más magnífico de los magníficos», obra del arquitecto Senmut, situado al lado del que medio milenio antes había levantado Mentuhotep, consta de una amplia terraza, desde la cual por medio de una primera rampa se sube a otra segunda, porticada con columnas protodóricas de sustentación y decorada con relieves alusivos al nacimiento de la reina («Pórtico del nacimiento») y a la famosa expedición a un exótico país («Pórtico del Punt»). A sus lados —en los extremos— se abren dos capillas, dedicadas una a


Bajorrelieve representando a una mujer en la tumba del visir Ramose, XVIII dinastía.

Anubis, tallada en el acantilado, y otra a Hathor, de hermosa planimetría con dos salas. Por encima se halla una tercera terraza y por detrás diferentes estancias sagradas.

La construcción, de resplandeciente piedra caliza, es de armoniosas proporciones y de refinado acabado y conjuga con la majestuosa verticalidad de la montaña que le sirve de pantalla.

Muy poco ha llegado del templo funerario de Tutmosis III, construido entre los de Mentuhotep y Hatshepsut, y descubierto no hace muchos años. Lo formaba una gran sala hipóstila y el templo propiamente dicho.

Lamentablemente, del grandioso templo funerario de Amenofis III, obra de otro gran arquitecto, llamado Amenhotep, hijo de Hapu, no queda nada, pues fue destruido en el siglo XIII a.C. a causa de un terremoto. Excepto dos estatuas colosales, monolíticas, que alcanzaron en su día los 21 m de altura, conocidas como *Colosos de Memnón*, y que representaban al propio faraón, poco más ha llegado de tal templo.

Del Ramesseum a la tumba de Nefertari

Los grandes templos funerarios de las dinastías XIX y XX pueden centrarse en dos magníficos ejemplares construidos respectivamente por Ramsés II y Ramsés III en la orilla occidental tebana.

El de Ramsés II, conocido como *Ramesseum*, es de armónicas proporciones, aunque su estado es lamentable. Siguiendo el tradicional eje longitudinal, consta de un primer pilono y un primer patio, en cuyas proximidades se erigía el palacio real, hoy derruido. Le seguían un segundo pilono flanqueado por dos estatuas colosales del rey y un segundo patio con pilares osiríacos. Mediante tres rampas de acceso se pasaba a la sala hipóstila, de cuarenta y ocho columnas (quedan 29 en pie), sala bellamente decorada. Por detrás se hallaba la *Sala astronómica*, famosa por sus pinturas, y la *Sala de las letanías* de Ptah.

No muy lejos de este templo, en Medinet Habu, Ramsés III construyó su *templo funerario*, bastante bien conservado, rodeado de una muralla repleta prácticamente de relieves alusivos a sus actividades bélicas y cinegéticas. Aquí, junto a un pequeño templo anterior de época tutmósida, se incorporó como novedad no el clásico pilono de entrada, sino unas airosas torres almenadas de aire militar, de 22 m de altura, conocidas como *Migdol* («torre» en hebreo), de influencia siria



Complemento, como se ha dicho, de los templos funerarios eran las tumbas reales, cuya solución para la época ramésida continuaron siendo los hipogeos. Precisamente, será ahora cuando se construya *el más grande e importante* de todos ellos, ubicado como los demás en el Valle de los Reyes: el de Seti I. Lo forma un largo pasadizo (117 m de longitud) con dos ejes, cuatro corredores, trece salas y un pozo, decorado todo ello con temática de carácter religioso y textos funerarios.

Dignos también de ser citados son otros dos hipogeos: el de Ramsés III, conocido popularmente como *Tumba de los arpistas* a causa de las escenas que lo decoran, y el de Ramsés VI, con sus cuatro salas realzadas con bellas pinturas de temática funeraria y astronómica.

De las tumbas del Valle de las Reinas, la más hermosa, sin duda alguna, es la de Nefertari, esposa que fue de Ramsés II. Sus proporciones y riqueza pictórica hacen de la misma, de hecho, una verdadera tumba real. Una escalera conduce a una doble cámara, desde donde se accede a la del sarcófago. Todas las partes de este extraordinario hipogeo, se hallan decoradas con bellísimas pinturas y textos funerarios de polícromo colorido y de insuperable dibujo.

Detalle de la tumba de Nefertari, la más hermosa del Valle de las Reinas, XIX dinastía.



Fachada del templo de Ramsés II en Abul Simbel.

Tumbas para los nobles

Distintos enclaves en el acantilado de Tebas han deparado más de cuatrocientas tumbas que sirvieron de última morada a los grandes dignatarios del Imperio Nuevo. Las mismas obedecen a tres tipologías constructivas: 1) hipogeos excavados en la roca, a imitación de los reales; 2) tumbas con superestructura, sin pozo funerario y con pequeña pirámide exterior, y 3) tumbas con superestructura y también con pirámide de remate, pero con pozo funerario. El tipo de decoración es también distinto al de las tumbas menfitas, prefiriéndose aquí los temas cotidianos vistos de modo agradable y espontáneo, lejos de la oficial temática funeraria.

De notabilísimo interés artístico son las tumbas del profeta Panehesy; del intendente Kheruef; del escriba Menna, y del funcionario Sennefer. Muy superiores a estas cuatro tumbas son las del visir Rekhmire, famosa por su tipología y por sus escenas de tipo histórico (Tributo de los Países Extranjeros); la del escriba real Khaemhat, sorprendente por la rareza de su temática plástica, y la del también visir Ramose, tumba ésta con los bajorrelieves de mayor finura de todo el Antiguo Egipto.

En Deir el-Medina, poblado fundado en la época de Tutmosis I, de la XVIII dinastía, también se enterraron algunas de las personalidades más significativas relacionadas con el trabajo de las tumbas reales. Los hipogeos de este sector son, sin embargo, de pequeñas proporciones y de menor interés arquitectónico, pero algunos deben ser rescatados del olvido, caso de los del servidor Sennedjem, del capataz Inherkhau y del escultor Ipuy.

En Saqqara, diferentes tumbas e hipogeos sirvieron de sepultura a importantes personajes del Imperio Nuevo, tanto de la corte tebana como de la amárnica. Entre las tumbas hay que citar la de Horemheb, que se la hizo construir antes de que accediera al cargo de faraón. La misma, en curso de excavación arqueológica, ha proporcionado interesantes relieves, hoy repartidos entre varios museos. Notables por las esculturas halladas son las tumbas del arquitecto Maia y la del jefe de los establos, Tiay. Por sus dimensiones, trazado, dificultades técnicas y decoración debe ser reseñado el *magnífico hipogeo de Aper-El,* visir de Amenofis IV, no excavado en su totalidad.



Detalle del templo de Nefertari en Abu Simbel.



Jeroglíficos sobre un muro en Kom Ombo

Ciudades y palacios que se llevó el desierto

Poco es lo que se sabe de la arquitectura civil del Imperio Nuevo, dados los endebles materiales constructivos que se emplearon. Las grandes ciudades del momento. Menfis y Tebas, ésta calificada por Homero como la «ciudad de las cien puertas» para así remarcar su importancia, han facilitado pocos datos acerca de este tipo de arquitectura, que hubo de conocer progresos, aunque apenas alcanzó significado técnico o estético. Lo mismo puede decirse de Tanis, en el delta, enclave elegido por Ramsés II como una de sus capitales.

Sí, en cambio, conocemos la disposición y planimetría de una ciudad construida de nueva planta en el siglo XIV a.C. en un llano desértico, en la orilla derecha del Nilo. Se trata

de Akhetatón («El horizonte de Atón»), conjunto urbano ordenado levantar con toda rapidez por el reformador y revolucionario religioso Akhenatón para hacer de ella su capital imperial. La misma se planificó en tres grandes sectores separados por otras tantas avenidas —una de ellas real— sin pavimentar. El centro se destinó a edificios oficiales y al gran *templo solar de Atón* (800 x 275 m), ya citado anteriormente, formado por un pabellón de acceso, tres patios, un pilono, una sala hipóstila, patios secundarios y el santuario del dios (*Gem-Atón*). Los otros dos sectores, el meridional y el septentrional, se dejaron para zonas residenciales, con casas lujosas, complementadas con peristilos, salas hipóstilas, patios y jardines. De estas casas debe ser citada la del escultor Tutmés, donde se hallaron diferentes esculturas, entre ellas el famosísimo busto policromado de la hermosa Nefertiti, esposa de Akhenatón.



Fachada de la sala hipóstila del templo de Horus, en Edfú.

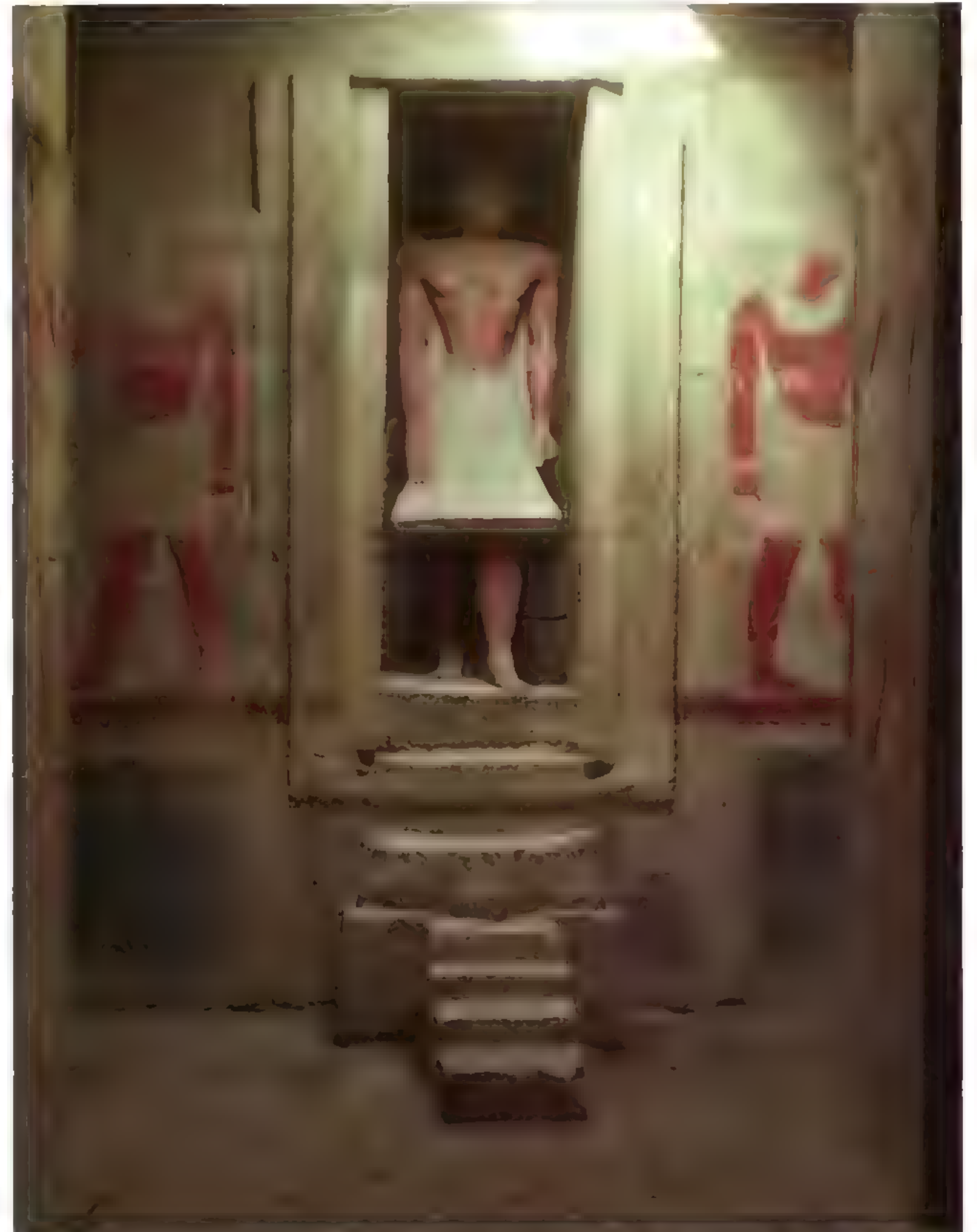
Detalle de pilono de Filé



Debido a las circunstancias religiosas y políticas subsiguientes a la muerte de Akhenatón, y sobre todo a la pobreza de los materiales empleados en los edificios (adobe y *talatat* o bloques uniformes —50,4 x 25 cm— de caliza de pobre consistencia), la ciudad quedó destruida al poco de ser abandonada.

Por otra parte, apenas conocemos la arquitectura de Pi-Ramsés, ciudad de nueva planta, fundada por Seti I, y localizada cerca de la moderna Qantir. Un palacio, recintos militares y otros restos es lo que conocemos de la misma.

No nos ha llegado mucha información arqueológica de los ***magníficos palacios*** que Amenofis III y Ramsés III se hicieron edificar respectivamente en Malqata y en Medinet Huba, caracterizados ambos por la complejidad de estancias, alcobas, salas de columnas y salas de recepción.



Estatua en la tumba de Mereruka, Saqqara



Interés sociológico más que arquitectónico emana el *antiguo poblado de Deir el-Medina*, en la montaña tebana, fundado por Tutmosis I y habitado durante cuatrocientos años por los obreros y artesanos de las tumbas reales —los «Servidores del Lugar de la Verdad»—, confinados a vivir allí durante toda su vida, dado que conocían los emplazamientos de las tumbas reales y eran responsables de la supervivencia y protección de las mismas. Una arteria norte-sur y dos callejuelas encierran las casas adosadas del lugar, formadas por unas pocas estancias y sin apenas comodidades.

Siglos de decadencia

Los siete siglos (1080-332 a.C.) que quedan comprendidos entre las dinastías XXI y XXXI significaron a todas luces la *decadencia* del arte egipcio e incluso el anuncio de su inminente desaparición. Las luchas internas y los cambios dinásticos motivados por los faraones de origen libio y etíope, así como las invasiones de asirios y persas —éstos en dos ocasiones—, incidieron no sólo en la interrupción de los programas constructivos, sino que también causaron la desaparición de una buena parte de lo edificado anteriormente.

Fachada posterior del templo de Hathor en Dendera

A este panorama desolador sobrevendría, sin embargo, durante la época de los Tolomeos (304-30 a.C.) un último esplendor artístico, caracterizado por la construcción de grandes y hermosos edificios, hoy todavía admirablemente conservados y que se aferraban al legado espiritual de tiempos pasados.

Técnicamente, en esta última etapa de la arquitectura egipcia, hubo muy pocas aportaciones, a excepción del empleo de las columnas unidas por muros (intercolumnios) y de nuevos capiteles de tipo compuesto.

Sabemos por los textos y la arqueología que, con todo, los faraones y los grandes sacerdotes prosiguieron con la tarea de ampliar y en su caso restaurar construcciones anteriores, así como edificar templos de nueva planta. Puede testimoniarse la labor del gran sacerdote Herihor, que finalizó el templo de Khonsu en Karnak (dinastía XXI), y la de Sheshonq I y Taharqa (dinastías XXII y XXV, respectivamente), quienes añadieron el llamado *Gran*

Columnas del patio porticado de File



Pórtico de los Bubastitas y una magnífica columnata en el gran templo de Amón en Tebas.

Lo más significativo de esta larga etapa fueron, sin embargo, las construcciones de Nectanebo I, de la XXX dinastía, en la isla de Filé, de las que se ha conservado un pequeño pórtico.

En los enclaves del Bajo Egipto se ampliaron y construyeron también otros templos, siendo los más importantes los localizados en Tanis, ciudad que alcanzó ahora una gran importancia geoestratégica. En la misma, en el denominado «Recinto de Amón», en donde construyeron Psusennes I y otros faraones, protegido todo él por una gruesa muralla de adobes, se levantaron otros tres templos menores, obra de Osorkon III (dinastía XXIII) y de los dos Nectanebo (dinastía XXX).

Pobres son también los restos de tumbas del Tercer Período Intermedio y de la Baja Época. Las de algunos nobles han sido detectadas en Saqqara y Guiza, imitando formas del Imperio Antiguo, así como en Tebas. Se trata de mastabas de adobe, adoptando tipologías del pasado.

Como contraste a esa pobreza, deben ser señaladas las *tumbas reales de Tanis,* aparecidas en el «Recinto de Amón», antes indicado, y consistentes en una serie de cámaras subterráneas de sencilla estructura, construidas con grandes bloques de piedra y parcialmente saqueadas. En ellas, y en medio de materiales diversos, pertenecientes a distintos personajes allí llevados desde otras tumbas, se localizaron las de Psusennes I, Osorkon II y Sheshonq III, con ricos ajuares funerarios (sarcófagos, máscaras, brazaletes y joyas, todo ello de oro y plata).

La dinastía XXVI, de origen saíta, sobre todo su primer monarca, Psammético I, amplió el recinto funerario-religioso del *Serapeum* con una tercera galería de más de 200 m de longitud, en donde fueron sepultados veinticuatro toros Apis. Asimismo, los saítas restauraron muchos otros monumentos del pasado.

Detalle del templo de Dendera.



UN ARTE INCONFUNDIBLE

El arte egipcio asocia a su aparente uniformidad general —sus rasgos estilísticos son inconfundibles— una gran riqueza de detalles que lo diferencian de cualquier otro de la historia de la humanidad.

Si el desarrollo artístico de Egipto ha sido dividido en tres grandes etapas (*menfita* —Imperio Antiguo—, *tebana* —Imperio Medio e Imperio Nuevo— y *saíta* —Época Baja—), precedidas por una de formación (tinita) y cerrada por otra de decadencia (la grecorromana), a dichas épocas que abarcaron cronológicamente más de tres mil años de historia pueden adaptarse las sucesivas variaciones que experimentó su arte, tanto el arquitectónico —estudiado en otro libro— como el plástico, objeto de las presentes páginas.

Aunque se ha dicho con razón que el arte nacional por excelencia de Egipto fue la arquitectura y que la escultura, pintura y demás artes menores fueron sus auxiliares, no está de más indicar que en estas últimas especialidades se alcanzaron ejemplares de extraordinaria calidad, con la suficiente personalidad estética para definir lo que se entiende por arte egipcio.

Sentadas estas premisas introductorias, debe señalarse que si bien es cierta una uniformidad en las artes plásticas del país del Nilo no es menos evidente una variedad estilística de un período a otro, tanto en la escultura como en la pintura, artes ambas de gran vigor creativo y capaces de su propia renovación.

No obstante, hay que remarcar el gran peso que sobre el arte siempre tuvo la tradición, así como su constante e íntimo contacto con la religión y su resistencia a toda influencia extranjera. A esto se le añade el hecho de que el arte egipcio tuvo siempre intenciones utilitarias al ir muy ligado a intereses de la propia monarquía y a finalidades básicamente funerarias, lo que determinó que durante muchísimo tiempo se elaborase una plástica sin presupuestos estéticos, sino únicamente simbólicos y religiosos.

Características generales de la plástica egipcia

La plástica egipcia presenta marcadas y evidentes características que la diferencian de las demás plásticas de otros tiempos y países. En el caso de la escultura puede observarse *un acusado hieratismo** o falta de movimiento,

El dios Osiris acompaña a Tutankhamón en su viaje al Más Allá (derecha).




Escarabeo hallado en la tumba de Tutankhamón

una simetría clara y la sujeción a los principios de la llamada «ley de la frontalidad»*.

A ello se puede añadir, en determinados casos, el toque de *solemnidad, idealismo, seriación* y *expresionismo**, lo que confiere a esculturas y relieves una definida personalidad propia. Así mismo, las estatuas presentan *fijaciones tipológicas* que se mantienen durante milenios, caso del adelantamiento del pie izquierdo de las figuras o el diferente tamaño dispensado a las mismas, según se trate de dioses, faraones, simples humanos o animales.

El deseo de la perdurabilidad de la obra por una serie de motivaciones religiosas y psicológicas obligó a los artistas —en su mayoría anónimos— a que confeccionaran sus obras en materias duras y sin apenas delinear volúmenes, sometiendo así sus labras a esquemas prismáticos o cúbicos, en los cuales lo más llamativo lo constituyen los brazos, siempre lo más posiblemente unidos al cuerpo.

Moldeado sobrio, elegantes figuras y perfiles, pulimentado y coloración simbólica —pardo rojizo en las figuras masculinas, ocre claro en las femeninas— son otras tantas características de la plástica que se va a estudiar.

Respecto a la pintura, que contribuyó mucho, por otro lado, a realzar la belleza de esculturas y relieves, se caracterizó por otra serie de convencionalismos, algunos comunes a estas dos manifestaciones plásticas citadas, como pueden ser el torso de frente y las piernas, pies y rostro de perfil. Es importante remarcar que los ojos se dibujan alargados, como si se viesen de lado, pero con la pupila figurada de frente.

El marcado *simbolismo*, la *escala jerárquica* (diferentes tamaños de las figuras), la *falta de determinadas perspectivas* y el *exquisito dibujo* fueron características intrínsecas a la pintura egipcia, sin olvidar la «ley de la frontalidad» y el *decorativismo* muy evidentes. A fin de ayudarse para obtener la obra bien hecha, utilizaron el procedimiento de la *cuadriculación*, de modo que un dibujo a escala pequeña podía reproducirse al tamaño que se deseara.

Al gran detallismo de sus pormenores se unió una riqueza cromática importante, utilizando tanto colores fundamentales como secundarios, que aplicaron planos, sin matices ni gradaciones e incluso convencionalmente.

Temática y tipología

En cuanto a la temática, las esculturas egipcias —que atendieron a *finalidades funerarias, religiosas* y en último término *cortesanas*— se centraron fundamentalmente en la *elaboración de figuras de dioses*, tanto mayores (Osiris, Isis, Amón, Hathor, Horus), con sus correspondientes atributos, como menores, así mismo figurados con sus símbolos. A ellas les seguían las que *representaban a los faraones*, tocados con sus coronas y ennoblecidos con las insignias de la realeza y en actitudes tanto osirizadas —esto es, habiendo alcanzado la felicidad


Escultura de Rahotep, IV dinastía



del Más Allá— como simplemente humanas, según que sus esculturas fuesen destinadas a tumbas y templos o a palacios.

A continuación venían las *estatuas de las personas particulares*, sobre todo las de la familia real, los grandes sacerdotes y los más importantes funcionarios, sin olvidar otras exclusivamente de pequeño tamaño, primero en forma de momia y luego ya en las más variadas actitudes, y que conocidas con el nombre de *ushebti** venían a ser mágicamente los sirvientes de los difuntos de la Ultratumba.

La *animalística*, planteada desde puntos de vista acordes con la naturaleza, tuvo así mismo una gran importancia plástica, revelando el extraordinario poder de observación que tuvieron los egipcios.

Grupo de lanceros hallados en la tumba de Mesehti. XI dinastía.

Aunque es difícil determinar una clasificación tipológica,

dadas las variantes que presentan las esculturas, podemos dividirlas para su estudio en *siete grandes grupos*, cuya propia terminología los define con toda claridad: 1) estatuas de pie, sentadas o arrodilladas; 2) parejas familiares, incluso representadas con niños; 3) tríadas reales y divinas; 4) pseudogrupos, con la doble representación de una persona a diferentes edades; 5) estatuas-cubo, llamadas así por su especial disposición volumétrica; 6) máscaras y cabezas, y 7) esculturas zoomorfas, asociadas o no a la figura humana, caso éste de las esfinges*.

El relieve —por su disposición sobre superficies planas— y la pintura, artes ambas usualmente concebidas para las tumbas y los templos, tuvieron como principales temas —que situaron en puntos concretos de templos, tumbas y sarcófagos— los *asuntos mitológicos, funerarios y biográficos*. Así se representan innumerables figuras de dioses, faraones y particulares en el contexto de tales temáticas, alusivas tanto al mundo espiritual (juicio del alma,

Escena de trabajos agrícolas en una pintura de la tumba de Sennedjem, XIX dinastía.





I shebti de Tutankhamón hallado en su tumba

el Más Allá, los Campos de Ialu* o Paraíso) como material (cacerías, trabajos agrícolas, batallas oficios, festines), permitiéndonos todo ello conocer no sólo la vida material y cotidiana de los antiguos egipcios, sino también su mentalidad.

Dichos relieves y pinturas se distribuían en *registros*, a su vez divididos en *escenas*, cuya argumentación se encadenaba de acuerdo a una lógica temporal o temática. No es extraño ver a un tiempo combinaciones de planos y alzados, así como figuras de distintos tamaños, diferenciadas por su rango social.

En la temática de las cacerías y batallas hay verdadera dispersión compositiva, con una misma escala igualitaria.

Materiales y colores

Dados los recursos geológicos de Egipto, los escultores *trabajaron toda suerte de rocas y piedras*, desde las más duras (basalto, granito, diorita, pórfido) hasta las más blandas (caliza, yeso, esteatita, serpentina), cada vez con mayor perfección, motivada por su pericia y por el paulatino dominio y avance técnico de las herramientas (escoplos, taladros, sierras, azuelas, martillos).

También fueron expertos en la *talla de madera*, en la que consiguieron obras de gran calidad. Las especies más trabajadas fueron la acacia y el sicómoro, si bien los mejores ejemplares los ejecutaron en maderas importadas, sobre todo coníferas del líbano.

Así mismo, fueron *excelentes broncistas y orfebres*, si bien las obras realizadas con metales, dado el especial valor de los mismos, han llegado en un número exiguo.

Hemos dicho que en el campo de la pintura y también del relieve los antiguos egipcios emplearon los colores fundamentales (negro, blanco, rojo, azul y verde) y también los secundarios (ocre, amarillo,



Ramsés II en una escultura monumental. XIX dinastía.



gris), que obtuvieron de diferentes materias y minerales. Los mismos se aplicaban sobre *tres tipos de soportes*:
a) directamente sobre la caliza más o menos alisada de las paredes; b) sobre paredes previamente estucadas, y c) sobre una espesa capa de argamasa a base de barro mezclado con paja. No debe olvidarse que también se pintó sobre cerámica (vasijas, ostraca*), madera (sarcófagos) y papiro (libros funerarios).

Todo el proceso técnico de la aplicación de la pintura se conoce con bastante detalle, desde los trabajos preparatorios hasta el acabado final, consistente en aplicar una capa de barniz protector.

Un detalle a remarcar es que las obras *pictóricas totalmente acabadas constituyen la excepción*, siendo lo común que todas las composiciones quedasen a medio realizar.

Detalle de las magníficas pinturas de la tumba de Nefertari.

Las escalas

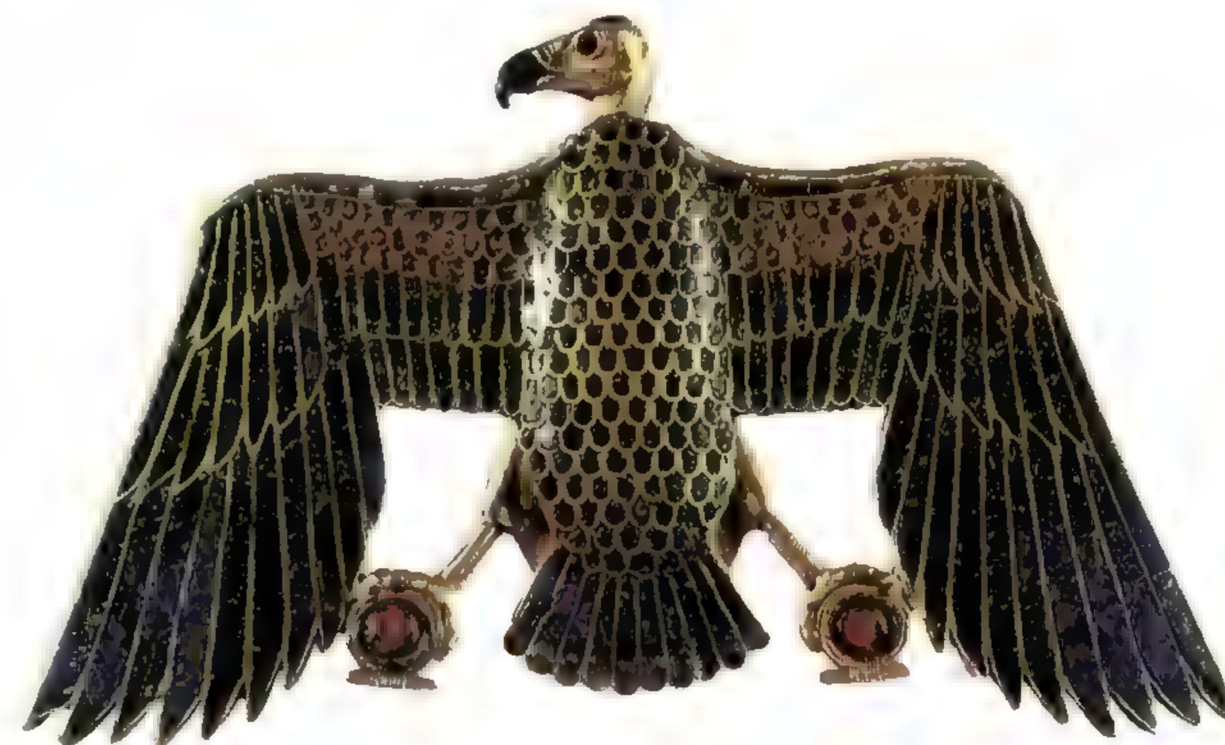
Los egipcios, pueblo, como se sabe, eminentemente agricultor, debido a la fertilidad de sus tierras abonadas anualmente con el limo del Nilo, habían desarrollado desde muy antiguo las ***técnicas de la agrimensura****. Ello les familiarizó con la geometría y el cálculo aritmético. Estos conocimientos técnicos los aplicaron a la totalidad de su arquitectura, caracterizada, entre otras peculiaridades, por unas proporciones de acuerdo a determinados módulos.

Como no podía ser menos, la escultura, el relieve y la pintura los acomodaron así mismo a determinadas medidas, tomadas a escala humana (dedo, puño, codo), produciéndose con ellas ejemplares de todo tipo de tamaños, desde las figuras más colosales —ningún pueblo superó al egipcio en monumentalidad— hasta las más diminutas.

Acerca de los escultores y pintores egipcios

Desde los más antiguos talladores de sílex hasta los más consumados escultores y pintores egipcios, todos ellos tuvieron la consideración laboral de *hemuu*, esto es, *artesanos*, trabajando en los distintos talleres reales y provinciales al parecer sin especiales prerrogativas, pues su

Pectoral en forma de buitre encontrado en el ajuar funerario de Tutankhamón.



labor fue considerada siempre como una actividad manual más. Por desgracia, no nos ha llegado del antiguo Egipto ningún texto que nos explique qué cosa fue el arte ni qué entendieron por artista. Ni siquiera en el vocabulario se aislaron palabras específicas para los conceptos *arte y artista*. Los escultores fueron llamados *hemuty*, palabra derivada de un verbo que significa «trabajar», y los pintores fueron denominados *sesh qedut*, «escribas de los diseños».

Sabemos por los relieves y pinturas de bastantes tumbas que en los talleres artesanales, controlados por el Estado, *se trabajaba en equipo*, participando en la labra de una escultura, por ejemplo, dos o más personas. A tal labor le seguía la *fase del pulimentado*, tarea confiada a un pulidor. Si los ojos de la escultura eran postizos, esta labor de aplique se encargaba a un *orfebre*. Finalmente, un *grabador* se ocupaba de las inscripciones, caso de que lo requiriese la estatua.

Otro tanto se puede decir de la realización de los bajorrelieves y de las pinturas, confiadas siempre a un equipo más que a individuos singulares. Eso quiere decir que el trabajo plástico era una actividad compleja y en sentido estricto podemos afirmar que ninguno de los que había participado en la realización de una obra podía considerarse su exclusivo autor.

Estas y otras razones, que no podemos aquí analizar, explican el *anonimato casi general que existe en el arte egipcio*. Sin embargo, afortunadamente nos han llegado los nombres de algunos escultores, cuya personalidad les hizo destacar del general anonimato. Entre los más conocidos baste citar a Imhotep, que fue también arquitecto, autor de la pirámide escalonada de Djeser, de la dinastía III; a Ankhenptah, escultor y pintor que vivió durante la dinastía V; a Irtisen, coetáneo del faraón Mentuhotep II, de la dinastía XI; a Sehenseti, autor de relieves y estatuas de Amenemhat I y de Sesostris I; a Iuiuti, maestro de obras de la reina Tiyi, la esposa de Amenofis III; al famosísimo Tutmosis, uno de los jefes de taller de El-Amarna, autor del celebérrimo *busto de Nefertiti*, del Museo de Berlín, y a sus coetáneos Men y Bak, que también trabajaron para el faraón Akhenatón.

Así mismo, entre los pintores —todavía mucho menos conocidos— hay que recordar a Amonuahsu, que trabajó en las pinturas de la necrópolis tebana en tiempos de Ramsés II, y a Huy, pintor de Ramsés III.



Máscara funeraria de oro hallada en la tumba de Psusennes. XXI dinastía: Museo de El Cairo.

Las primeras esculturas y pinturas

Durante el Neolítico, esto es, hacia el 5000 a.C., Egipto vio cómo la totalidad del valle se iba poblando, ubicándose las gentes en aldeas a lo largo del Nilo. Diferentes yacimientos han facilitado restos de aquellos lejanos tiempos en los que, salvo *ejemplares cerámicos* y una *industria lítica* (de piedra) poco evolucionada, se evidencia la *falta de un arte plástico.*

En el Alto Egipto en los tiempos de transición a la etapa predinástica (4500-4000 a.C.) sobresalió la cultura Badariense*, con características de civilización preurbana que desarrolló un relativo bienestar material. Su especial modo de vida y sobre todo su mentalidad motivaron la *inquietud por la estética*, apareciendo entonces no sólo una *cerámica artística* y una serie de *paletas** de pizarra con perfiles más o menos zoomorfos, sino también las *primeras esculturillas de marfil y de arcilla*, hasta ahora conocidas que, aunque trabajadas de manera tosca, testimoniaban el alba de la escultura en Egipto.

A aquel período le siguió el Nagadiense* (4000-3100 a.C.), también en el Alto Egipto, momento en que el arte tomó carta de naturaleza tanto en la cerámica (vasos pintados), en los relieves (paletas, mazas y mangos de cuchillos), como en la *plástica de bulto redondo**, ejemplificada en unas cuantas figurillas de marfil, hueso y barro. El exponente más significativo quizá lo sean las figurillas femeninas con los brazos en alto.

Sin embargo, la estatuaria tardó tiempo en alcanzar su madurez estética, hecho que coincidió bien entrado el Imperio Antiguo. Por otra parte, fue en la etapa tinita (3100-2780 a.C.), consolidada ya la unidad política, cuando el arte egipcio se fue dotando de *connotaciones políticas* y se le iba a utilizar como *arma de propaganda oficial*, estableciéndose en el mismo unos códigos de lectura accesible a todos, fijándose las iconografías de dioses y reyes con unas notas de hieratismo e intemporalidad que las harían sagradas. De las pocas obras llegadas a nosotros la más significativa es la *estatuilla del rey Khasekhemuy* (Museo de El Cairo), de esquisto, y figurado sedente. Las que representaban a animales tuvieron mayor calidad, destacando un magnífico *Babuino de alabastro* (53 cm de altura), hoy en el Museo de Berlín.



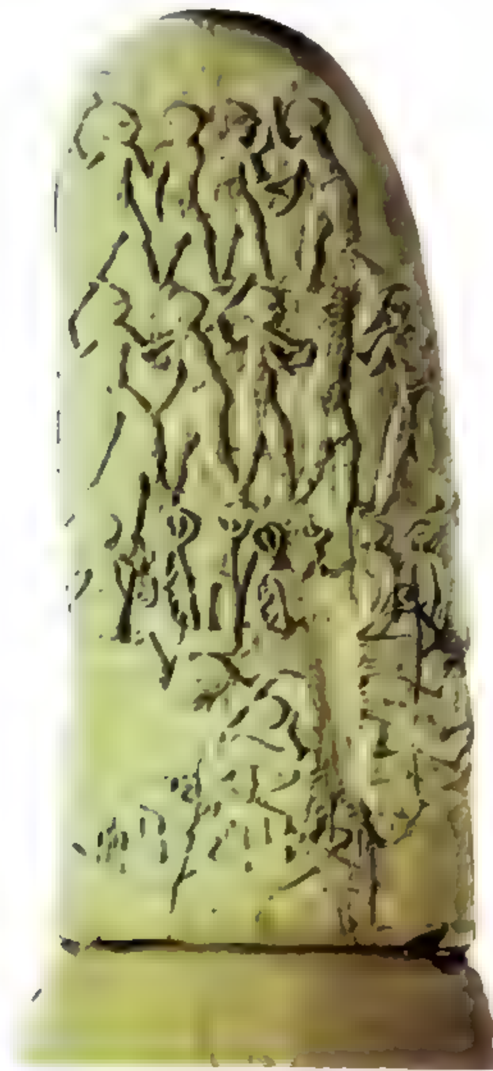
Reverso de la famosa paleta del rey Narmer. I dinastía. Museo de El Cairo

Mango del cuchillo de Gebel el-Arak.

Los relieves en paletas, mazas, cuchillos y estelas

A partir de los dibujos, pintados o grabados en las rocas, con la figuración de barcos y animales, el artista egipcio de época predinástica logró labrar sobre diferentes objetos de piedra y marfil de carácter votivo bellísimos relieves de claro significado religioso e histórico.

Entre las paletas, continuación que eran de las primitivas de Nagada, y aunque no todas de la misma calidad, deben ser recordadas por sus relieves las conocidas como *De la caza* (repartidas hoy entre los museos del Louvre y Británico), *Del campo de batalla* (también divididas entre el Británico y el Ashmolean de Oxford), *De los toros* (del Museo del Louvre), *Del tributo líbico* (del Museo de El Cairo) y *De los cánidos* (Ashmolean de Oxford). Superior a todas ellas, sin embargo, es la mundialmente conocida





Paleta de los toros, Museo del Louvre, París

Paleta de Narmer, del Museo de El Cairo (64 cm de altura), obra maestra por la perfección de su composición temática y por el modelado de sus relieves., En sus dos caras, de perfil ovalado y coronadas con dos prótomos* alusivos a la diosa Hathor y entre los cuales aparece el nombre del monarca escrito en jeroglíficos, se halla el rey Narmer, simbolizando tal vez la unificación de Egipto. En una de ellas va tocado con la corona blanca en actitud de amenazar con su maza a un enemigo, arrodillado a sus pies, y en la otra, con la corona roja, se le figura siguiendo a una serie de portaestandartes que se encaminan hacia unos prisioneros decapitados. En esta cara aparece la *típica cazoleta* para diluir probablemente colorantes, propiciada por dos animales fantásticos de largos cuellos entrelazados.

El relieve predinástico puede observarse también sobre las *cabezas de maza*, de piedra y de carácter votivo. De las llegadas a nuestros días, las dos más conocidas y


Paleta del campo de batalla.

significativas son las del *rey Escorpión* y la de *Narmer*, con relieves alusivos, en la primera, a la apertura de un canal de regadío, y en la segunda a ritos conectados con la entronización del rey.

La calidad de la labra también se puso de manifiesto en los *mangos de los cuchillos* de carácter funerario, cronológicamente correspondientes al Período Nagadiense. De los conocidos hasta la fecha sólo seis han llegado en un estado aceptable. Cinco presentan decoración zoomorfa, siendo el más significativo de esta temática el atesorado hoy en el Museo de Brooklyn, en el cual figuran doscientos veintisiete animales en abigarrada composición.

El mango de cuchillo más famoso, sin embargo, es el de *Gebel el-Arak*, del Museo del Louvre (19 cm de altura), trabajado en marfil de hipopótamo. Sus dos caras aparecen decoradas formando un tema único, alusivo a dos momentos concretos. En la principal aparecen hombres luchando, armados con mazas y puñales de sílex, así como barcos en el transcurso de una lucha; en la cara opuesta campea un hombre —de clara influencia mesopotámica— dominando a dos leones, debajo de los cuales una serie de animales salvajes completan la escena.

Por otra parte, el relieve de las dos primeras dinastías tinitas se reduce prácticamente a las *estelas** que se situaron en templos y tumbas. De ellas la más famosa es la conocida como *Estela del Rey Serpiente* (1,45 m de altura), atesorada

en el Museo del Louvre, la cual recoge en su frontis, con gran elegancia, tres elementos: el halcón, la serpiente —que viene a ser el nombre del rey— y el *serekh* o fachada del palacio de dicho soberano.

Las más antiguas pinturas

Fue en la *cerámica* donde se plasmaron las *más antiguas figuraciones pictóricas*, consistentes en dibujos incisos o pintados que representaban indistintamente motivos geométricos, humanos y zoomorfos, todos ellos de rápidos trazos.

En el Período Nagadiense apareció una mayor riqueza temática, pintándose sobre los vasos cerámicos composiciones de barcos, figuras humanas y gran variedad de animales (hipopótamos, flamencos, avestruces). Notabilísima es la *decoración mural* (hoy prácticamente perdida) de la más antigua sepultura pintada que se conoce del valle del Nilo: la tumba 100 de Hieracónpolis. Sus paredes, de adobe, fueron decoradas con numerosas figuras de barcos, animales y hombres, agrupadas en pequeñas escenas, pero que formaban parte de una gran composición alusiva a la caza.


Estela del Rey Serpiente, Museo del Louvre.

Entre el realismo y la monumentalidad

La plástica egipcia, que había dotado a sus esculturas y relieves de claros contenidos religiosos, quedó ya claramente fijada durante el Imperio Antiguo, esto es, entre las dinastías III y la VI (2780-2280 a.C.), larga etapa en la que se establecieron definitivamente las pautas escultóricas egipcias que ya conocemos: realismo, hieratismo, canon, «ley de la frontalidad».

Sin duda alguna, el ejemplar que inaugura la plástica monumental egipcia es la *estatua del rey Djeser*, de caliza pintada, localizada en el *serdab** de su pirámide escalonada de Saqqara. Lo mejor de la estatuaria de la dinastía IV se reduce a las *esculturas de sus reyes Khefrén y Micerino* y a la de sus cortesanos más significativos.

En general, todas ellas presentan rasgos de intemporalidad, sin reflejar sentimientos, siendo, por otro lado, de gran calidad técnica. Magnífica es la *estatua sedente de Khefrén*, en diorita (hoy en El Cairo), personaje que, protegido por Horus en forma de halcón que le abraza la cabeza, transpira poderío ilimitado, majestuosidad y eternidad.

El rostro de este faraón está representado también en la mundialmente conocida *Esfinge de Guiza*, gigantesca figura tallada en la roca natural, de 57 m de longitud y 20 m de altura, de clara connotación religiosa.

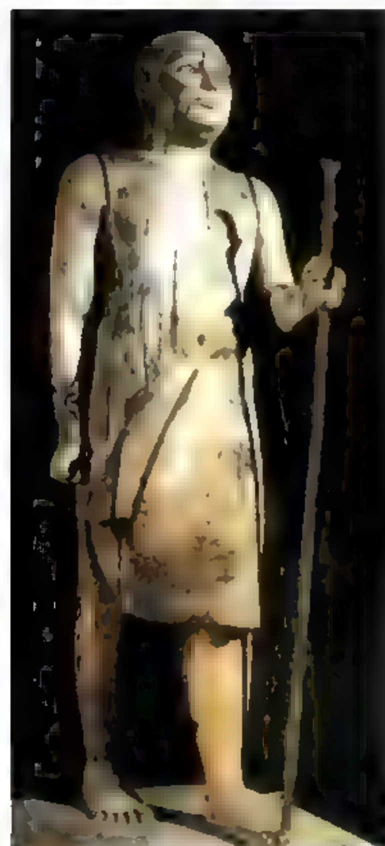
De Micerino ha llegado un buen conjunto de altorrelieves, figurando en ellos a veces con su esposa, caso del *ejemplar del Museo de Boston*, y en otras con distintas divinidades del círculo de Hathor, como las conocidas *Tríadas de Micerino* (museos de El Cairo y Boston).

Debemos citar, dentro de la plástica real, pero no por su importancia artística, sino por su significado histórico, la *estatuilla de marfil del rey Kheops*, figurado en forma sedente (7,5 cm de altura, Museo de El Cairo), del cual, a pesar de su majestuosa pirámide y del poderío que llegó a disponer, no nos ha llegado hasta la fecha ninguna estatua monumental.

Entre las esculturas de importantes personajes de la dinastía IV podemos citar las de los *esposos Rahote y Nefrit*, labradas en caliza policromada, localizadas en su mastaba de Meidum y hoy en El Cairo. Son de gran interés por la calidad de su ejecución y por la expresión de vida que transmiten.

Micerino y su esposa, Museo de Boston (derecha)





El alcalde de la aldea.
V dinastía.

Asimismo, alto interés plástico por su volumetría armonizada presenta la *estatua sedente del príncipe Hemiunu*, visir que fue de Kheops y arquitecto de la Gran Pirámide.

Del rey Userkaf, primer faraón de la dinastía V, han llegado algunas *cabezas de granito*, que formaron parte de estatuas colosales, hoy perdidas, destinadas al templo funerario de su pirámide.

Quizá lo más novedoso de las dinastías V y VI sean las *estatuas arrodilladas*, como testimonia un ejemplar del rey Pepi I, en esquisto, con los brazos apoyados en los muslos y sosteniendo sendas vasijas en sus manos, tipología que luego sería muy usual.

A este momento pertenecen los *escribas sentados*, cuyos dos mejores ejemplares son universalmente celebrados. Uno se halla en el Louvre (53 cm de altura) y otro en El Cairo (51 cm), ambos de piedra caliza policromada.

El aristócrata egipcio se halla ejemplificado en tres magníficas estatuas: una que perteneció al *funcionario Ranofer*, otra, al sacerdote lector Kaaper, en madera de sicómoro, conocida popularmente como el «Alcalde del pueblo» (*Sheikh el-Beled*), y otra tercera, al *sacerdote funerario Kaemked*, de rostro muy vivaz.

Asimismo, de gran calidad es el grupo de caliza policromada que representa al *enano Seneb y su familia*, pieza de gran preciosismo plástico y unidad compositiva.



Escriba sentado: Museo del Louvre. París



Busto de la reina Nefertiti.

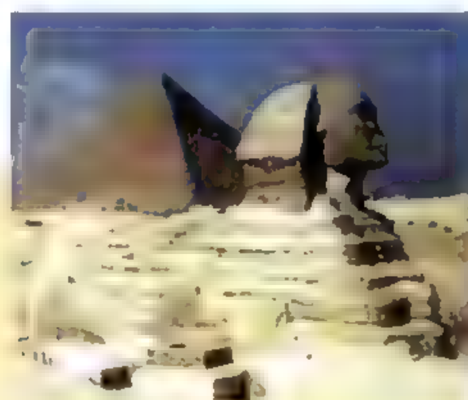


Las Ocas de Meidum, *pintura en la mastaba de Itet y Nefermaat, IV dinastía.*

Parejo a éste es el *grupo de Penmeru y su familia*, en realidad un altorrelieve con cinco figuras de cuerpos estilizados.

Punto y aparte merecen las *estatuas de cobre* de Pepi I y de Merenre, localizadas en un escondite del templo de Hieracónpolis. A pesar del deficiente estado de conservación, logran transmitir un gran realismo.

Durante el Imperio Antiguo se inició la producción artesanal de millares de figurillas de madera, destinadas a las tumbas, y conocidas con el nombre egipcio de *ushebti* («respondedor»), las cuales a modo de sirvientes reemplazaban al difunto en los trabajos que deberían



La Esfinge de Guiza

No lejos de la Gran Pirámide, y aprovechando una masa rocosa existente en la planicie de Guiza, se labró la efigie de un león echado con cabeza de hombre. Tal híbrido constituye la popular Esfinge (en árabe *Abu el-Hol*, «Padre del terror») de impresionantes proporciones: 57 m de longitud y 20 m de altura (la cara mide 5 m; la oreja 1,37 m y la nariz 1,70). Esta colosal talla ha sido admirada desde el mismo momento de su ejecución. Si durante muchísimo tiempo se pensó que representaba al dios Harmakhis (Horus del horizonte), hoy se acepta que figura el propio Khefrén, simbolizando la fuerza y el poder irresistible de tal faraón. El estado lamentable en que ha llegado, sobre todo su cara, ha sido motivado por la acción eólica y, desgraciadamente, por la de los hombres, pues durante un tiempo sirvió de blanco para los ejercicios de cañón efectuados por los mamelucos.



Escultura del faraón Khefrén, IV dinastía



Tríada de Micerino, flanqueado por las diosas Hathor y Kynópolis

Relieve hallado en la mastaba del visir Ptahotep, en Saqqara.



realizar en el Más Allá. Aparte de representar el movimiento y la volumetría, las mismas nos permiten conocer no pocos aspectos de la vida laboral y cotidiana de aquel entonces.

De su gran originalidad, por su realismo, fueron las llamadas *cabezas de reserva*, que sirvieron para sustituir a las estatuas funerarias, en el caso de que éstas se perdieran o resultaran dañadas.

Variedad temática de los relieves

Los relieves del Imperio Antiguo, numerosísimos por adornar el interior de pirámides, mastabas*, hipogeos* y templos, son de gran perfección y respondían a unos presupuestos compositivos que nunca se alterarían ya más.

La temática de los mismos es amplísima, alusiva no sólo a las actividades regias (coronación, *festival Sed**, campañas militares, relación con los dioses), sino también a las de carácter particular, recreándose en este caso en la posición social del difunto, en el trabajo del campo, en los placeres de la vida o en el banquete funerario.

Los relieves de calidad se detectan ya durante la dinastía III, caso de los magníficos *paneles de madera* de Hesyre, importante funcionario. Hasta un total de once adornan el interior de su mastaba de Saqqara, de los que sólo se han conservado seis. En todos ellos, a la elegante

Grupo de arqueros nubios de la tumba de Mesehti



figura del personaje se une la exquisitez de la labra de madera.

Sin embargo, los mejores relieves han sido localizados en las mastabas de las dinastías V y VI. Dada la imposibilidad de citar todas las que merecen ser recogidas —que son muchísimas—, tan sólo se indicarán las tres que consideramos más importantes, todas en Saqqara: la del peluquero real y luego administrador de las pirámides, de nombre Ti; la del visir Ptahotep y de su padre, Akhuthotep —cuyos relieves fueron realizados por Ankhenptah, el *primero de los artistas de nombre conocido*—, y la del visir Mereruka, mastaba ésta de treinta y dos cámaras decoradas con suntuosos relieves, sobresaliendo el de las tres estaciones o divisiones del calendario egipcio (*akhet, peret y shemu*).

Las «Ocas de Meidum», exponente de la pintura

La *escasísima pintura* que nos ha llegado del Imperio Antiguo es de alto interés, no sólo por la nitidez de su cromatismo, sino también por la elegancia —en algunos casos— del dibujo en el cual se sustenta, y que revela ya un estilo totalmente académico. Debe decirse, no obstante, que aquella pintura estuvo siempre al *servicio de la escultura de del relieve* y que tan sólo en un caso puede considerarse con categoría de arte autónomo.


Cabeza de reserva encontrada en Guiza.

Nos referimos a las pinturas sobre estuco que decoraron la mastaba común de Itet y de su esposo Nefermaat, en Meidum, de las cuales se han podido salvar algunos fragmentos, entre ellos la magnífica escena conocida como las *Ocas de Meidum* (1,60 por 0,40 m), hoy en El Cairo. Su simetría compositiva, la seguridad del trazo y la factura del colorido hacen de tal composición —seis ocas de apacible caminar y picoteo— una de las pinturas más importantes del Antiguo Egipto.

La crisis del primer Período Intermedio

A la próspera etapa del Imperio Antiguo le sucedió el Primer Período Intermedio (dinastías VII a XI —hasta el 2060 a.C.—), caracterizado por la pérdida de la unidad política del país y por la confusión que se produjo en todos los órdenes de la vida.

Si la arquitectura, como sabemos, conoció un retroceso muy evidente, también la plástica sufrió un importante descenso cualitativo y cuantitativo.

La estatutaria en piedra perdió su colosalismo, según se desprende de los fragmentos que han llegado, siendo muy pronto sustituida por la modelada en madera por razones económicas. En este material en donde se lograron, sin

embargo, algunos interesantes ejemplares, caso de *dos estatuas* a tamaño natural del *Canciller Nakhti*, de Assiut, y sobre todo de numerosos *ushebti* hallados en diferentes tumbas, todos ellos de gran expresividad, aunque de tosca talla.

Como novedad aparecen ahora las llamadas «formaciones militares» (famosa es la serie hallada en la *Tumba de Mesehti* en Assiut), consistentes en compañías de soldados, armados y marchando en formación.

Respecto al relieve, tanto de las estelas como del interior de las tumbas, debe indicarse que también sufrió un gran retroceso técnico, aunque pueden aislarse ejemplares de calidad muy similar a la de los tiempos pasados (caso del relieve del *sarcófago de piedra de la princesa Kauit*, de Deir el-Bahari, o de la *estela funeraria del rey Antef II*, de Nueva York).


Estatua doble de Nimaatsed.

El Imperio Medio: nuevos tiempos de esplendor

Unido nuevamente Egipto bajo un único cetro a mitad de la dinastía XI (2061 a.C), la energía de sus príncipes y reyes tebanos volvería a dotar al país del Nilo su pasado esplendor, fundándose centros comerciales, promocionando obras de irrigación, explotándose nuevamente minas y canteras, y reanudándose el comercio exterior.

Fue entonces cuando la estatuaria iba a conocer un *nuevo impulso creador,* ya anticipado en algunas estatuas reales de comienzos de la dinastía, caso, por ejemplo, de la llamada *Estatua del rey* perteneciente a un faraón anónimo, y hoy conservada en Berlín.

En cualquier caso, la plástica real y la privada volvieron a presentar rasgos comunes y definidos que con las variantes de sus seis escuelas (Elenfantina, Tebas, Abidos, Menfis, El Fayum y el Delta) iban a caracterizar a un elevado número de ejemplares.

De faraón de la dinastía XI Mentuhotep II han llegado *varios ejemplares de areniscas,* de carácter funerario, localizados en una cámara subterránea de su templo de Deir el-Bahari, de enorme interés. Figurado sedente, cubierto con el manto del *festival Sed* y tocado con la corona roja, produce —en uno de esos ejemplares— una vívida impresión contrastada sobre todo por el color negro de su rostro frente a la blancura de sus ojos y al arcaísmo de sus rasgos faciales.

Aunque del segundo rey de la dinastía XII, de nombre Sesostris I, se sabe que había ordenado extraer piedra para labrar 150 estatuas y 60 esfinges, no nos ha llegado obviamente tal número.

En su pirámide de el-Lisht aparecieron *diez de ellas,* inacabadas, figurado sedente con las manos sobre los muslos. Así mismo, a tal faraón se debió la realización de *grandes estatuas osíricas**, de cerca de 5 m de altura cada una, en las que se autorrepresentaba. Realizadas en serie, sirvieron para integrarlas en adecuados conjuntos arquitectónicos (Karnak, por ejemplo).

De Sesostris III y de Amenemhat III han llegado, así mismo, excelentes estatuas en las que el punto de interés se centra en los rostros, todos enérgicos, constituyendo por ello *verdaderos retratos.*

También ahora volverían a *esculpirse esfinges,* de cuerpos leoninos echados y de vigoroso modelado, tendentes a



Estela de Sebetepeb, XII dinastía



Cabeza de mujer en madera policromada y oro

manifestar el poderío del faraón, puestos que en tales imágenes figuran sus mayestáticos rostros, enmarcados en largas y ampulosas crines, caso de las *muy célebres esfinges de Amenembat II,* del Museo del Louvre; de *Sesostris III,* del museo de Nueva York, y de *Amenembat III,* del museo de El Cairo.

La plástica particular, por otro lado, fue *menos numerosa y de peor calidad artística.* Salvo algunos ejemplares de grandes señores feudales, poco es lo que ha llegado. Deben citarse, no obstante, *el grupo escultórico de Ukhotep,* sumo sacerdote de Hathor, hallado en la capilla de su tumba en Meir, figurado con sus dos esposas e hija, todos de forma erecta sobre una losa dorsal, a modo de estela: *la escultura de la dama Sennu,* de Kerma, y la *escultura sedente de la reina Neferet,* esposa de Sesostris II.

Entre las estatuas-cubo —ahora totalmente novedosas—, en las cuales el cuerpo quedaba reducido a su mínima expresión, cabe citar tan sólo *la estatua del tesorero Sihator,* de Abidos (hoy en el Británico), y *la estatua de Senusret-Senbefni* del Museo de Brooklyn.

Las estatuas y estatuillas de madera (dos de Sesostris I, numerosos *usbebti*) siguieron trabajándose con gran éxito, dado su bajo coste. También nos han llegado *algunas*

Estatua de Sesostris III. XII dinastía



figurillas de cobre, entre ellas la que representa *la princesa Sobeknakht* (hoy en Brooklyn), bajo la forma de Isis amamantando a su hijo.

El relieve y la pintura

La calidad del relieve del Imperio Medio rayó a una altura similar a la de la escultura, según puede verse en los restos conservados en las localidades de Tod y Armant. Ahora es algo más austero, pero más elegante y de toque así mismo más meticuloso, sobre todo el realizado en el área de Tebas. Paradigmáticos serían los *relieves de las tumbas de Mentuhotep II* en Deir el-Bahari, los de *la pirámide de Sesostris I* y, sobre todo, los de su bello quiosco períptero* de jubileo de Karnak, conocido como *Capilla blanca*, levantado en el recinto del dios Amón. Aquí se utiliza el huecorrelieve en el sector que recibe la luz solar de pleno y bajorrelieve en los arquitrabes y pilares que quedan en la sombra. Su temática alude a la acogida del faraón por parte de los dioses, quienes lo reciben como hijo.

Punto y aparte merece un relieve policromado de la tumba del nomarca Tothotep, en Deir el-Bersha (Egipto Medio), en el cual se representa la *famosa escena del transporte* de una estatua colosal por parte de 172 hombres.

En las capillas rupestres de Tebas, Meir (tumba de Senbi) y otros lugares los relieves muestran influencias y temáticas —aunque reinterpretadas— de las mastabas del Imperio Antiguo.

Sin embargo, la decoración de relieve fue poco a poco sustituida por razones económicas y técnicas por la pintura, como se puede ver en las tumbas de Meir el-Bersha y Beni Hasan.

En esta última localidad se encuentran las más *famosas pinturas del Imperio Medio*, ordenadas hacer por una

Gentes asiáticas en Egipto

La descripción física de los vecinos septentrionales de Egipto (palestinos y sirios) fue fijada en algunas pinturas. La tumba de Khnumhotep, en Beni Hasan, nos representa una caravana comercial palestina recibida en tal localidad en el año sexto del faraón Sesostris II, de la dinastía XII. El jefe de la caravana, llamado Ibcha, lleva el título de «Gobernador de los países extranjeros» *(heqa khasut)*, términos de donde derivaría más tarde el nombre de hicsos. Los productos objetos de comercio son portados por asnos y el aspecto exótico se observa en el variado colorido de los vestidos de las caravaneros, así como en su claro perfil semita.



Estatuilla en madera de Sesostris I. XII dinastía.



Portadora de ofrendas, escultura en madera policromada


Estela del Imperio Medio con jeroglíficos.

poderosa familia local para el ornamento de sus tumbas. De todas ellas deben citarse las que existen en los hipogeos de Khnumhotep y de Amenemhat, que vivieron durante la dinastía XII, consistentes en variadas escenas, algunas muy famosas por lo inhabitual de su temática, caso de los *comerciantes semitas en caravana*, con sus bellos ropajes multicolores, que aparecen en la tumba de Khnumhotep.

El Segundo Período Intermedio y los hicsos

Nuevos retrocesos institucionales y artísticos se produjeron entre las dinastías XIII y XVII, época conocida como Segundo Período Intermedio (1778-1567 a.C.) y caracterizada por los revueltas civiles, la sucesión de un

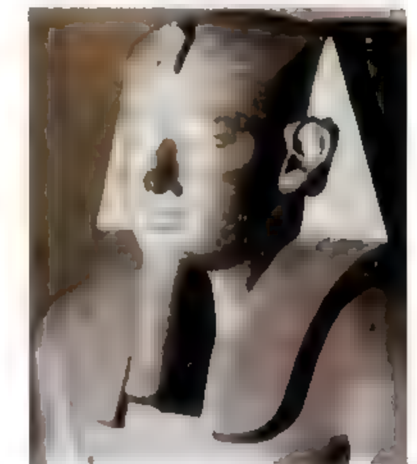

Estatuas del general tebano Antef (izquierda) y de la reina Neferet, esposa de Sesostris II (derecha)

número indeterminado de faraones de corto reinado, la toma del poder por parte de gentes extranjeras (los hicsos) y las luchas de expulsión contra éstos.

A pesar de la *decadencia muy evidente* en el tamaño y calidad de las estatuas labradas durante la dinastía XIII, algunos ejemplares en madera testimonian, no obstante, el buen quehacer de los artistas. Esto se puede apreciar en unas pocas *figuras reales*, que representan a *faraones anónimos*, y sobre todo en la magnífica *estatua del faraón Auibre Hor I*, hallada en Dashur (hoy en El Cairo). La misma, de justa fama, lo figura como su propio *ka**, según se deduce de la pareja de brazos orantes que porta acoplados en la cabeza a modo de tocado.

De las dinastías hicsas —la XIV y XV— es muy poco lo que ha llegado, dadas las destrucciones de que fueron objeto sus construcciones y obras artísticas en tiempos posteriores. Esa carencia impide evaluar lo que tal vez aportaron al arte egipcio, que en cualquier caso se vio interrumpido en su evolución plástica, durante dos siglos.

Los *numerosos escarabeos** de este Período no presentan plásticamente nada de interés; tampoco los escasos restos de las pinturas murales aparecidas en Avaris, de clara influencia cretense.


Estatua de Sesostris I, XII dinastía

La gran plástica del Imperio Nuevo

Tras la ocupación de los hicsos se abrió una larga etapa (1567-1080 a.C.) correspondiente a las dinastías XVIII-XX, la más gloriosa de la historia de Egipto. Fue entonces cuando el país alcanzó la categoría de verdadero Imperio, imponiendo su presencia directa o indirecta en la totalidad del Próximo Oriente y Nubia. La prosperidad económica tuvo lógicamente su reflejo en el abultadísimo número, diversidad, amplitud, riqueza y calidad de los monumentos construidos, esculpidos, forjados, pintados o cincelados por todo el valle del Nilo.

En cuanto a la *estatuaria regia* puede decirse, en líneas generales, que buscó su inspiración en las grandes obras de tiempos pasados, pero matizada por un intenso realismo y por el alargamiento de las figuras, que patentizan el absoluto dominio de los recursos técnicos por parte de sus artistas.

De la totalidad de faraones de la dinastía XVIII se poseen esculturas, destinadas a sus tumbas y templos funerarios, y en menor medida a sus residencias. Lamentablemente, no es posible detenernos en una exposición pormenorizada de los ejemplares conocidos, por lo que únicamente se reseñarán los más significativos.

De Hatshepsut, la reina faraón, que llegó a contar con más de doscientas estatuas en su templo de Deir el-Bahari, hay que recordar una *estatua colosal de granito rojo* que la representa arrodillada, ofreciendo vasos de libación; una *estatua sedente de caliza* y una curiosa *esfinge leonina* con la cabeza de la reina. No faltan ejemplares en los que aparece en forma de *figura masculina* con los atributos del poder real.

En cuanto a las estatuas de Tutmosis III destacamos *una incompleta*, de esquisto, en la que aparece tocado el *nemes** y el típico faldellín, y otra, también fragmentada, *de granito*, con restos de policromía, descubierta en 1964 en Deir el-Bahari. Es muy célebre su *estatua erecta de basalto verde*, atesorada en El Cairo y en la que se le figura con la corona blanca, sin barba y con nariz aquilina. Toda ella emana a un tiempo idealismo, figurado en el cuerpo, y realismo, concentrado en el rostro.

Con Amenofis III la estatuaria del Imperio Nuevo *alcanzó su apogeo* con obras de un gran clasicismo. Además de los



Espléndido retrato de Tutmosis III XIII dinastía



famosos *Colosos de Memnón*, de más de 20 m de altura, únicos restos de su templo funerario, debemos recordar de tal monarca *dos cabezas colosales*, una de basalto, en la que aparece tocado con la corona *khepresh** (Museo de Brooklyn), y otra, de gres duro, con la corona roja, atesorada en el Museo Británico. De tal rey debe citarse también la *estatua sedente* en la que aparece junto a su esposa Tiyi y tres princesas, obra de gran belleza y de tamaño colosal (7 m de altura), hoy en el atrio del Museo de El Cairo.

Nos han llegado también en importante cantidad estatuas de particulares, algunas de ellas ubicadas en su día en el interior de templos por concesión especial del faraón. Estilísticamente, conectan con la estatuaria real y representan con toda dignidad a los poderosos funcionarios, jefes militares y grandes sacerdotes. De todas ellas las *más significativas* son las de Senmut, arquitecto y favorito de la reina Hatshepsut, y las de Amenhotep, hijo de Hapu, así mismo arquitecto y escriba real.

Templo de la reina Hatshepsut, en Deir el-Bahari. XVIII dinastía.

De las figuras reales femeninas llegadas a nuestros días deben ser remarcadas *dos famosísimas cabezas de la reina Tiyi*, la esposa de Amenofis III: una de ellas, de tan sólo 10 cm de altura —la más popular, hoy en el Museo de

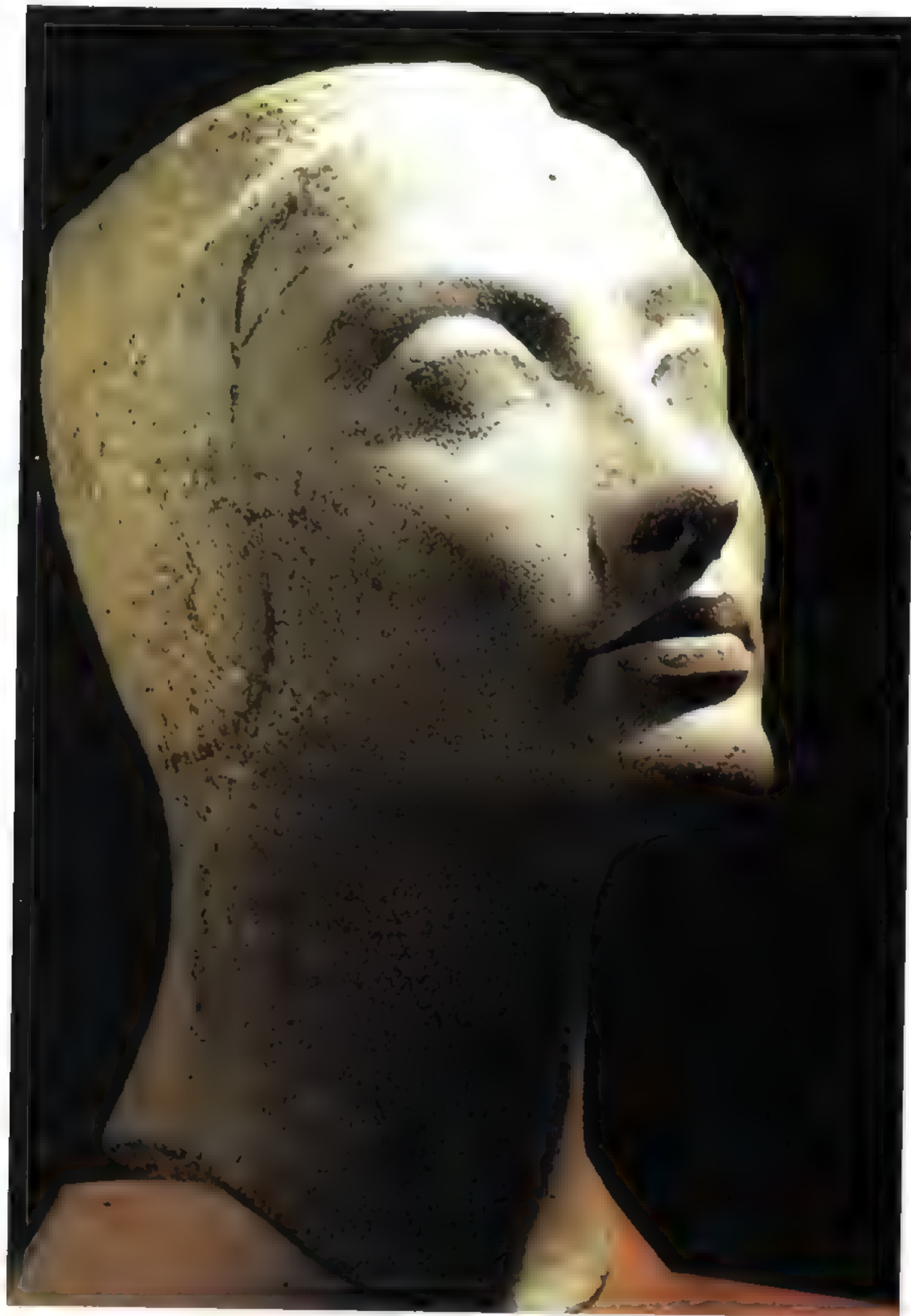
Retrato de Hatshepsut



Berlín—, está fabricada en ébano y la presenta extraordinariamente bella; la otra, de estatita verde, también de impecable factura, se atesora en El Cairo.

Respecto al relieve, tanto el bajo, reservado para los interiores, como el hueco, fijado en los muros exteriores para remarcar así los contrastes lumínicos, debe decirse que fue el *gran complemento decorativo* de las grandes construcciones templares y funerarias de comienzos de la dinastía XVIII.

Bástenos indicar aquí la serie de relieves presentes en el templo funerario de Deir el-Bahari, todos ellos realzados originalmente con un suave colorido. Los mismos representan diferentes argumentos, destacando los relativos a la *génesis divina* de Hatshepsut y los famosísimos dedicados a la *expedición al País del Punt*, en búsqueda de diferentes productos exóticos.



Busto de Nefertiti, Museo de El Cairo



Retrato de Akhenatón, el «faraón hereje»



De Tutmosis III han llegado también otros bajorrelieves y huecorrelieves presentes en el gran Templo de Karnak, entre los que se pueden seleccionar los correspondientes al llamado popularmente *Jardín botánico*, de gran calidad por el naturalismo dado a los animales y plantas representados.

En las tumbas de algunos particulares, sobre todo del área tebana (tumbas de Kheruef y de Khaemhet), pueden admirarse, así mismo, interesantes relieves, con figuras de suave modelación. De gran interés son los relieves —y también las pinturas— de la *Tumba inacabada de Ramose*, visit y alcalde de Tebas.

La etapa amarniense: un nuevo estilo

Importancia capital, a pesar de no dejar de ser un paréntesis en la evolución artística del Antiguo Egipto, tuvo la *época amarniense* (1370-1353 a.C.), conocida así en la Historia del Arte por el nombre derivado del pueblo árabe

Detalle del sarcófago de Tutankhamón

en cuyas cercanías están las ruinas de Akhetatón, la ciudad fundada por el faraón Amenofis IV, y caracterizada por la especial manera de entender la plástica, totalmente distinta hasta lo entonces conocido.

Las veintiocho *esculturas colosales* de este rey, que pronto cambiaría su nombre por el de Akhenatón («El que es útil a Atón»), en honor del dios titular de su reforma religiosa, pertenecientes al templo de Atón, construido en Karnak y luego destruido, lo presentan con las *piernas y brazos delgados y el vientre muy abultado*. Lo más llamativo de las mismas son los rostros, siempre alargados, con la barbilla colgante, los labios gordezuelos y los ojos oblicuos (ejemplares de los museos de El Cairo y Louvre).

Estas *deformidades* han sido objeto de diferentes hipótesis, desde las que defienden particularidades físicas y psíquicas del propio Akhenatón, atacado por el *síndrome de Froehlich*, hasta las que las consideran una nueva experiencia artística, dictada por el propio rey.

Poco a poco las exageraciones físicas se irían atemperando, sobe todo por la nueva línea plástica establecida por otro escultor real, de nombre Tutmosis, de gran personalidad. En su taller se labraron más de veinte *bustos de Nefertiti*, la esposa real, de los cuales muchos han llegado inacabados, como el extraordinario ejemplar del Museo de Berlin, en caliza policromada, de 50 cm de altura, y que hubo de servir muy probablemente de modelo, a copiar por los escultores que recibían encargos de la casa real.

Se trata de *una de las obras cumbre* del arte de todos los tiempos, conocida mundialmente no sólo por la hermosura de sus facciones y su cuello de cisne, sino también por la modernidad que transmite, a pesar de faltarle la pupila del ojo izquierdo, que nunca tuvo puesta.

Hay que citar también *otros bustos*, obras así mismo de Tutmosis, pertenecientes a la *princesa Meritatón*, con un cráneo exageradamente deformado, y *algunas máscaras en yeso*, que servirían, indudablemente, como modelos. Por último reseñar la magnífica *Cabeza Salt* (33 cm de altura), uno de los grandes retratos varoniles de época amarniense, atesorado hoy en el Louvre.

Párrafo aparte merece un *delicado torso de cuarcita* de una estatuilla de la reina Nefertiti, con claras distorsiones anatómicas en su cintura, muslos y glúteos, ocultas en finos ropajes plisados, y que constituye una obra de primera importancia a pesar de sus reducidas dimensiones (29 cm de altura).



Estatuilla de la diosa Selket, hallada en la tumba de Tutankhamón, XVIII dinastía

En los relieves de piedra caliza, localizados en Tell el-Amarna, *el faraón aparece en compañía de su familia*, tanto en escenas de carácter privado como adorando al disco solar Atón, el cual les envía sus rayos vivificantes, acabados en forma de manos. Los mismos son de gran calidad técnica y de perfectas líneas compositivas.

Sabemos que los talleres de la capital imperial no fueron los únicos en desarrollar una labor artística; también lo hicieron otros dos grandes centros, como Menfis y Hermópolis, según han demostrado los restos arqueológicos, caso, por ejemplo, de los relieves localizados en el hipogeo que Aper-El, un visir de Akhenatón, se hizo excavar en Saqqara, como los de la tumba que también en tal zona se hizo construir Horemheb, a la sazón importante militar, que poco tiempo después llegaría a ser faraón.

La tumba de Tutankhamón

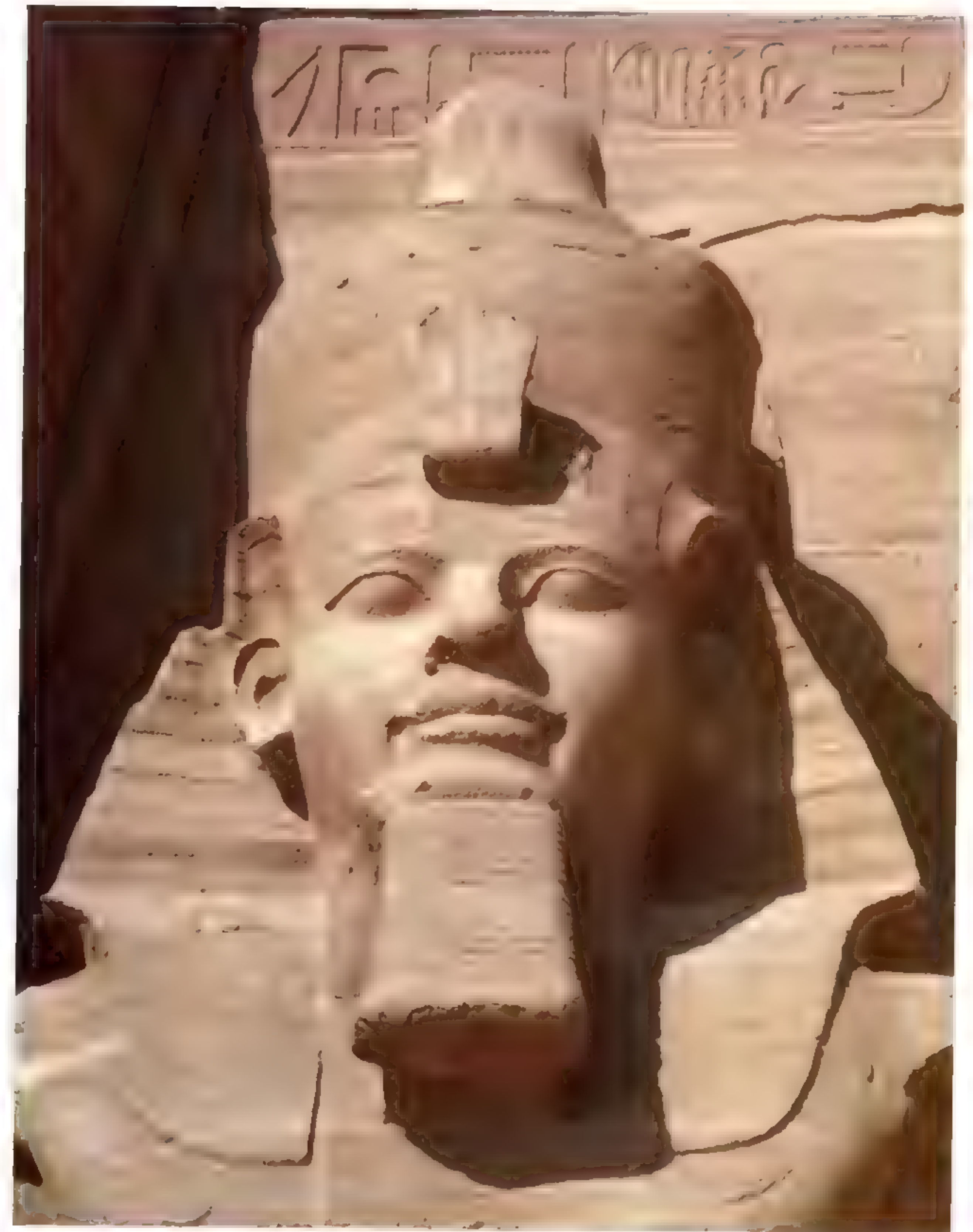
Tras la muerte de Akhenatón y el restablecimiento del tradicional culto a Amón, el estilo amarniense se fue transformando paulatinamente durante el reinado de

La máscara de Tutankhamón

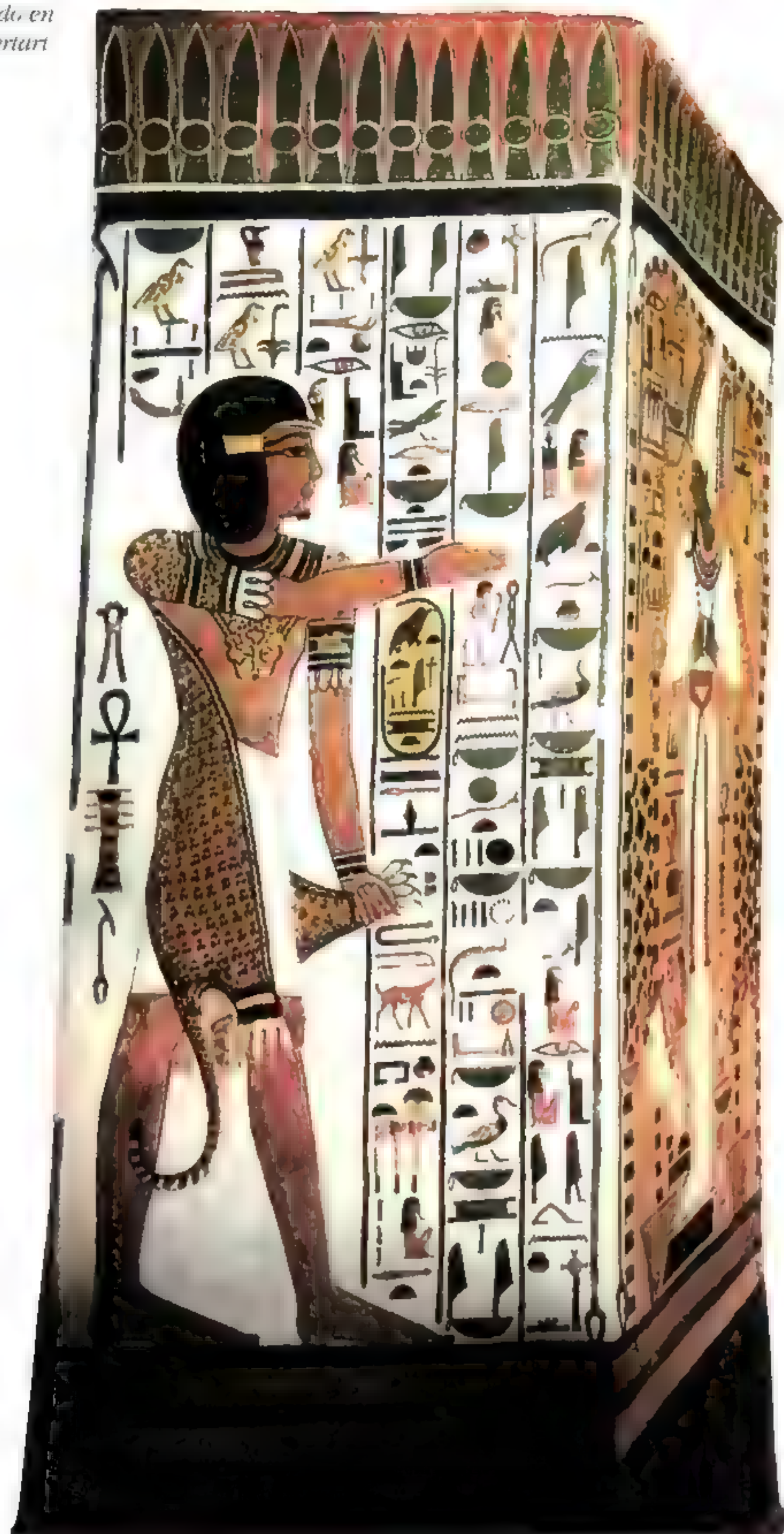


Debemos a Howard Carter, el descubridor de la tumba de Tutankhamón en el año 1922, la emocionada descripción de la momia y máscara de tal faraón, muerto muy joven y sin apenas significado histórico.

En su famosa obra, dedicada a tal tumba, dice entre otras sentidas palabras: «Ante nuestros ojos, llenando el interior del féretro de oro, había una momia impresionante (...) sobre la que habían derramado ungüentos en grandes cantidades (...). Formando contraste (...) había una máscara de oro bruñido resplandeciente, magnífica, hecha a semejanza del rey, recubriendo su cabeza y hombros (...). La máscara de oro batido (...) tiene una expresión triste pero serena, que sugiere la juventud truncada prematuramente por la muerte. Sobre su frente había las insignias reales, el buitre Nekhbet y la serpiente Buto, labradas en oro macizo, emblemas de los Dos Reinos sobre los que había gobernado. La barbilla llevaba la tradicional barba de Osiris, labrada en oro y lapislázuli. Alrededor del cuello tenía un collar triple de cuentas discoidales hechas de oro rojo y amarillo y fayenza azul.»



Detalle de uno de los cuatro colosos que representan a Ramses II en Abu Simbel



Pilar bellamente decorado en la tumba de Nefertari



Otro pilar de la misma tumba, la más hermosa de Egipto

Tutankhamón, faraón de quien nos ha llegado su tumba con su contenido prácticamente intacto.

La misma, de fama universal, ubicada en el Valle de los Reyes y descubierta en 1922 por Howard Carter, ha arrojado un sinfín de elementos artísticos de gran calidad, como pueden ser su *estatua funeraria* de tamaño natural, en madera, revestida de lámina de oro; sus *tres magníficos sarcófagos*, uno de ellos repujado en oro; su *armario canópico**, realzado con cuatro diosas en madera dorada; un *chacal*, también de madera, representando a Anubis; *variadas estatuillas* tanto del joven rey como de diferentes dioses y, sobre todo, su extraordinaria *máscara funeraria*, de oro macizo, además de cuatrocientos treinta *usbebtis*.

La plástica de los Ramsés

Esta etapa (1304-1080 a.C.), con la que terminaba el Imperio Nuevo, se caracterizó, artísticamente hablando, por su gran actividad constructora y por la ejecución de numerosísimas esculturas —algunas colosales—, relieves, pinturas y objetos artísticos menores.

Tras los reinados de Ramsés I y de Seti I, de quienes nos han llegado muy pocas obras, ocupó el trono uno de los faraones de mayor prestigio de toda la historia de Egipto, Ramsés II. Durante su largo



Problemas técnicos con los colores

En el famoso libro de A. Mekhitarian sobre la pintura egipcia, tal autor, a la hora de analizar los colores utilizados por los antiguos artistas egipcios, hace un curioso comentario al ocuparse del negro. Al parecer, el color negro empleado era de poca consistencia en cuanto a su componente de hollín o de plombagina. Esto, unido a la poca densidad de las emulsiones de yema de huevo o goma, hizo que tal color se adhiriera mal a la caliza o estuco de las paredes. Ello explica el que de muchas de las grandes pelucas, pintadas de negro, de algunas mujeres, haya desaparecido, dejando así desnudo el fondo dorado de la caliza de la pared, hasta el punto de hacer creer a algunos expertos que las damas del Imperio Nuevo eran nada menos que rubias. Por citar dos ejemplos, esta circunstancia puede observarse en las tumbas de Userhat y de Menna, ambas en la necrópolis de Tebas.



Armario canópico, madera dorada y pintada, XVIII Dinastía. Museo de El Cairo.

reinado, todo el país se vio repleto de edificaciones, tanto de nueva planta como readaptadas o usurpadas por dicho rey. Junto a ellas, numerosas esculturas daban el adecuado contrapunto, caso de los *Colosos del Ramesseum* o los del templo de Luxor, sin olvidar las notabilísimas *figuras de las fachadas* de los dos templos rupestres (*Speos*) de Abu Simbel.

De la variada plástica que de Ramsés II se ha conservado, debe destacarse su famosa *estatua de granito negro* del Museo de Turín, en la que aparece sentado, tocado con la corona *khepresh*, con cetro en forma de cayado y teniendo junto a sus piernas a su esposa favorita, Nefertari, y a su hijo mayor, ambos figurados a escala muchísimo menor.

De notabilísimo interés son algunas *estatuas de Nerfertari*, destacando, aparte de las que representan en el *Speos menor* de Abu Simbel, *un busto* localizado cerca del Ramesseum, que la figura ataviada con todo lujo. Para algunos estudiosos, esta escultura representa a Meritamón, su hija.

Con Ramsés III y sus sucesores la estatuaria va perdiendo importancia, esculpiéndose con principios de rigidez y expresionismo. Del citado faraón hay que reseñar sus *esculturas, tipo cariátides* (figuras femeninas), de Medinet Habu, y la *tríada* en la que se le representa siendo coronado por Horus y Seth (Museo de El Cairo).

Finalmente, debe recordarse una *estatua de Ramsés VI*, en granito rojo, acompañado de su león y conduciendo a un enemigo libio, que constituye la última obra de interés del final de la etapa ramésida.

Muy superiores a las estatuas de particulares fueron la totalidad de relieves y huecorrelieves, caracterizados por la composición y el movimiento. Los temas predilectos serán las *grandes batallas*, las *cacerías* y la *piedad religiosa* de los faraones, actividades que reflejarán en sus construcciones. Así lo harán Seti I, en Karnak y Abidos; Ramsés II, en Abidos y Abu Simbel, y Ramsés III en Medinet Habu.

Los *relieves policromados* del hipogeo de Seti I constituyen, por otro lado, el máximo exponente del arte funerario plástico de esta época.

La tumba más bella de Egipto

Muchas tumbas de importantes personajes, ubicadas en la necrópolis tebana, contaron con magníficas pinturas murales en las que aparecían tanto estilos arcaizantes como totalmente clásicos e incluso decadentes. Ante la imposibilidad de recoger todas las tumbas con decoración



El dios Osiris, en un detalle de la tumba de Ramsés I



Isis extiende sus alas protectoras, tumba de Seti I.

pictórica, que son numerosas, debemos indicar algunas de las más importantes, conocidas con el nombre de su propietario. Así, podemos traer aquí las tumbas de Amenemhat, Sennefer, Userhet, Menna, Nebamón, Ramose, Panehesy y Rekhmire

Muchísimo más famosa que estas tumbas citadas fue la de la *reina Nefertari*, hipogeo que le construyó su esposo, el faraón Ramsés II, en el Valle de las Reinas. En su decoración, sobre estuco, se utilizó una amplia gama de vivos colores muy bien armonizados; su temática, arropada bajo presupuestos funerarios, presenta aspectos profanos y religiosos. Ante la imposibilidad de describir todas las escenas, bástenos con citar las viñetas en las que se ve a la reina jugando al *senet* (especie de ajedrez o damas) o las que la representan levantando sus brazos en señal de adoración a Osiris y Anubis. Numerosos textos jeroglíficos completan la decoración que queda, a su vez, realzada por el techo adornado de estrellas.

Tampoco podemos omitir las pinturas presentes en la *tumba de Ramsés VI*, del Valle de los Reyes, con su magnífica *Sala del oro*, en la que se figura un techo astronómico, con dos alargadísimos cuerpos de diosas Nut de gran efectismo pictórico. En la pared principal se desarrolla el tema de la *creación del disco solar*.

Donde la pintura egipcia evidenció también su categoría fue en las ilustraciones de diferentes papiros —de desigual extensión— conectados con la vida de ultratumba, en especial en el impropiamente llamado *Libro de los Muertos*. Tal libro, del que han llegado bastantes ejemplares, consiste en una serie de fórmulas mágicas y conjuros que, convenientemente iluminados, se colocaban en los sarcófagos para que el difunto se pudiera conducir con seguridad por las regiones del Más Allá.

Años de decadencia

A la disolución del Imperio Nuevo le siguió una etapa de más de tres siglos de duración (1080-715 a.C.), en la que Egipto volvió a escindirse políticamente, conocida por los historiadores como Tercer Período Intermedio, durante la cual *se inicia la decadencia del arte egipcio*.

En el transcurso de sus cinco dinastías (de la XXI a la XXV) las grandes empresas arquitectónicas, por razones muy evidentes, sufrieron paralizaciones prácticamente definitivas, hecho que fue en detrimento de la escultura, pintura y artes menores, a ellas asociadas.



Nefertari hace una ofrenda a la diosa Hathor.

Tan sólo pueden detectarse cuatro puntos de actividad artística Tanis, Menfis, Bubastis y Tebas, en cuyos talleres se seguía trabajando a ritmo lento y de acuerdo con supuestos estéticos de etapas anteriores.

En cualquier caso, son *muy pocas las obras* que han llegado de aquel Período, dada la destrucción de muchísimos monumentos y la escasísima labor constructiva. En cuanto a la estatuaria, debe indicarse que la real no aportó nada, según se desprende de los escasos fragmentos que han llegado (*Cabeza de Osorkón II*, en granito; *Estatua de Osorkón III*, botando una barca sagrada). En cambio, la escultura privada continuó con la calidad de tiempos pasados, como puede verse en la *estatua sedente de la princesa Shebensopdu*, de granito, o en *la de Hor*, en forma de estatua-cubo, ambas halladas en Karnak.

Ahora tomaría carta de naturaleza la *broncística* y la *orfebrería*, que lograrían producir hermosos ejemplares, como la *estatuilla de Meritatón*, de la dinastía XXII, hoy en Berlín, o la de *Pashasu*, en el Louvre. Elaborada en oro y lapislázuli, debe destacarse la *tríada de Osorkón II* (también en el Louvre), así como la *tríada de Takush*, está con diseños de plata. La *máscara de oro* de un dignatario de la dinastía XXI es así mismo de notable interés.

De todos los ejemplares de este Período Intermedio la obra capital la constituye el *bronce de Karomama*, nieta que fue del faraón Osorkón I y gran esposa de Amón. Se trata de un pequeño ejemplar (59 cm de altura) con incrustaciones de oro, electro y plata, de delicadas facciones juveniles y esbelto cuerpo. Sabemos incluso el nombre de su artífice, el sacerdote Ahtefnakht, que hubo de ser un artista genial. Tal pieza se guarda en el Museo del Louvre.

El hecho de no construirse ahora grandes tumbas, ni templos ni palacios, incidió en la *poca labra de relieves y huecorrelieves* y en la *práctica carencia de pintura*. Los relieves de esta etapa pueden reducirse a los temas de las *campañas de Sheshonq* en Palestina, presentes en algunos muros del gran Templo de Karnak, y a los de las *fiestas jubilares* de Osorkón II, según se puede ver en el portal del templo de Bubastis.

Las últimas etapas

La Baja Época (dinastías XXV a XXXI), caracterizada por la propia inestabilidad interna y por una serie de invasiones de nubios, persas y asirios, tuvo, sin embargo, los suficientes impulsos para plantear —singularmente durante la dinastía XXVI— ambiciosos proyectos constructivos y de rehabilitación de los grandes monumentos de épocas anteriores.

Estilísticamente, los artistas de aquella época (715-332 a.C.) se decantaron por *copiar modelos del pasado más remoto*, intentando así establecer un renacimiento del clasicismo egipcio, en algunos casos.

La estatuaria real, de la que han llegado unos pocos ejemplares y sobre todo abundantes fragmentos, evidencia la tradicional austeridad dada a tales piezas, aunque con toques de realismo, muy evidentes en las figuras de los faraones de origen nubio.

Ante la imposibilidad de enumerar todo lo conservado, bástenos citar la *cabeza de un coloso* del faraón Shabaka; la *estatua acéfala* en basalto del faraón Tanutamón, y la *Cabeza de Taharqa*, de granito negro, ésta considerada una de las obras maestras del período. Pertenecientes a la dinastía XXVI tenemos las *cabezas* de los faraones Apries y Amasis, ambas de impecable ejecución.

Grandes retratos

Sin embargo, donde puede observarse el genio artístico del momento es en la *gran retratística*, con ejemplares todos ellos de aguda observación psicológica, y cuyo ejemplo puede concretarse en la llamada *Cabeza Verde* de Berlín (22 cm de altura), obra de la dinastía XXX, en pizarra, famosa por reflejar la gran autoridad del retratado, de rasurado cráneo y gravedad expresiva. Hubo de pertenecer, sin duda, a un importante sacerdote cuyo nombre desconocemos.

De la estatuaria privada deben destacarse los *dos ejemplares* de la consorte divina Amenirdis I, hija del rey nubio Kashta y hermana del faraón Shabaka, una de alabastro, muy famosa, y otra con gran pilar dorsal de apoyo; las de Mentuemhet, alcalde de Tebas, del que se poseen *quince ejemplares*; la del primer profeta Osiruer, de Karnak (su cabeza se halla en Brooklyn y el cuerpo en El Cairo), portando la tríada tebana a modo de exvoto, obra de gran efectismo, y la del médico y tesorero real Udjahorresnet, incompleta conocida como el *Naóforo** *del Vaticano*, por llevar en sus manos un pequeño edículo o *naos* con la figurilla de Osiris.

Ejemplares que merecen párrafo aparte son los que figuran *a diferentes animales*, asociados a personas, como pueden ser una estatua ornamental, de esquisito, que figura



Ushebti del faraón Seti I, Museo de Bolonia.

a la *diosa Hathor en forma de vaca,* protegiendo la efigie del funcionario Psammético, donante de la misma, o las *tres estatuas de Nectanebo II* (hoy en París, Lyón y Nueva York), presentado de pie entre las garras de un gran halcón, tocado con la doble corona o, en fin, los magníficos *leones de granito* rosa de Nectanemo I (del Museo Vaticano), figurados echados con la cabeza vuelta y una pata delantera posada sobre la otra. No debe olvidarse la conocidísima escultura (90 cm de altura) de la *diosa Thueris,* de pizarra verde, del Museo de El Cairo, representada a modo de ser híbrido (cabeza y cuerpo de hipopótamo, lomo y cola de cocodrilo).

Por otra parte, los grandes hipogeos de Tebas, pertenecientes a importantes funcionarios, se continuaron adornando con bajorrelieves que seguían temáticas y estilos de tiempos pretéritos, como puede verse en la *tumba de Mentuembet,* de evidente eclecticismo, y en *la del visir Nespeskashuti,* aquí con figuras totalmente amaneradas (escenas de plañideras).

Lo mismo cabe decir de los relieves que ornamentaron las capillas de las consortes divinas, construidas en Medinet Habi, y de los que Shabaka y Taharqa aportaron a edificios anteriores.

Sarcófagos

Singular interés tienen algunos bajorrelieves que adornaron los sarcófagos de piedra de la época. El ejemplo más espléndido lo presenta el *sarcófago de Ankhnesneferibre,* hija de Psammético II (hoy en el Museo Británico), decorado tanto interior como exteriormente. En su tapa se ve a la propia reina portando las plumas de Amón en su tocado y las insignias de Osiris en sus manos; en la base interna se halla la diosa Nut con los tres discos solares.

Otro *sarcófago de gran interés,* creído de la dinastía XXX, es el que perteneció a *Ureshnefer,* un sacerdote de la diosa Mut. El mismo presenta un relieve que plantea problemas de tipo criptográfico y filosófico en torno al concepto egipcio de «tiempo» entendido como Eternidad. Tal ejemplar, de diorita, se halla atesorado en el Museo Metropolitano de Nueva York.

Al mismo museo y a la misma dinastía pertenece la impresionante *Estela de Metternich,* de casi un metro de altura, con singulares relieves en sus dos caras con el tema de Horus niño dominando a una serie de animales dañinos y textos de contenido mágico. En la misma está figurado también el faraón Nectanebo II, que pasa por haber sido famoso mago.

Las inscripciones de la tumba de Nefartari

Prácticamente la totalidad de las paredes y pilares de la tumba de Nefartari contiene diferentes textos jeroglíficos alusivos al mundo del Más Allá. En la Sala VI de la misma se recoge esta hermosa inscripción, puesta en boca de una divinidad y dirigida a la reina: «Yo te doy la vida de Ra, Osírica, Gran Esposa real, Señora de las Dos tierras, Señora del Alto y del Bajo Egipto, poseedora de encanto, dulzura y amor, que ocupa un lugar en el templo de Amón, Nefertari, Meryenmut, Justificada (...), que se halla en el País Sagrado de los que están en Osiris, el gran dios.»

Ushebti del faraón Nectanebo I, Museo de Turín.



El Egipto grecorromano y los nuevos planteamientos

Durante el largo período de dominación grecorromana, tanto los Ptolomeos (332-30 a.C.) como los Césares (30 a.C.-395) también se preocuparon por los templos y santuarios egipcios, edificándose algunos de gran interés de Filé, Edfú, Karnak y Dendera, entre otros enclaves.

Por supuesto, siguiendo las pautas tradicionales, los muros y las columnas de tales construcciones se llenaron de bajorrelieves con diferentes temáticas tomadas del tradicional repertorio egipcio, aunque en algunos casos fueron adaptados a necesidades puntuales, como por ejemplo la escena de *coronación de Ptolomeo VI Filometor* presente en el templo de Edfú.

Los mejores bajorrelieves, sin embargo, se hallan en la *tumba de Petosiris,* gran sacerdote de Tot en Hermópolis, en los cuales se alternan ambientes funerarios, tratados a la egipcia, con escenas familiares, bajo planteamientos helenos.

La escultura de bulto redondo reflejó influencias saítas e incluso ramésidas, pero sin la sensibilidad de tiempos pasados. Técnicamente, eran ejemplares helenísticos, bajo una pátina egipcia. La plástica de época romana, la de cierto interés, quedó reducida a los magníficos *retratos funerarios de El Fayum*, de ojos muy abiertos y expresivos, y que encerraban los planteamientos que más tarde desarrollaría el icono* bizantino.

Epílogo: El Egipto grecorromano

Aunque la mentalidad egipcia fue muy diferente de la de los últimos dominadores del Egipto Antiguo, la política de griegos y romanos se centró en presentarse como continuadores de los faraones, circunstancia que favoreció el último florecimiento del Arte egipcio, pero ya contaminado con elementos de la civilización grecorromana.

Así, un buen número de capillas, tumbas y templos fueron edificados, adoptándose algunas innovaciones que, sin distinguirse del todo del pasado, adquirían una nueva personalidad constructiva, caso, por ejemplo, de la magnífica *Tumba de Petosiris*, convertida luego en lugar de peregrinación.

Los templos tolemaicos y romanos de Filé —los monumentos de esta isla, hoy inundada por las aguas, han sido reubicados en la de Agilka—, Karnak, Dendera, Esna, Kom Ombo y Edfú, aquí con el extraordinario *Templo de Horus*, de perfecta planificación constructiva, son las últimas grandes creaciones arquitectónicas del pasado que, con su buen estado de conservación, nos hacen evocar todavía toda la grandeza de la milenaria civilización egipcia.

Esta evocación podemos efectuarla, afortunadamente, ante uno de esos templos, sin tener que desplazarnos a Egipto. Nos referimos al *Templo de Debod*, en su día en el norte de Nubia y hoy instalado en la capital de España y que, construido por el rey de Meroe, Adikhlamani, fue acabado por los Tolomeos y mantenido en su culto a Isis por los Césares romanos.

En resumen, cuando los dominadores grecorromanos destruyeron poco a poco las creencias religiosas, al despojarlas de contenido, e introdujeron nuevas corrientes de pensamiento y formas de vida, todo el entramado plástico egipcio perdió su razón de ser por hacerse incomprensible a los nuevos tiempos que se vivían. El arte egipcio había dejado de existir.

Relieve con una escena de coronación en el templo de Edfú (derecha).



PARA SABER MÁS

Bibliografía

ALDRED, C.: *Arte egipcio*, Barcelona, 1993.
BAINES, J., MALEK, J.: *Atlas del Antiguo Egipto*, Barcelona, 1980.
BENDALA, M., y LÓPEZ GRANDE, M. J.: *Arte egipcio y del Próximo Oriente*, Col. «Conocer el Arte» 1, Historia 16, Madrid, 1996.
BLANCO FREIJEIRO, A.: *El Arte egipcio*, Col. «Historia del Arte» 1-2, Historia 16, Madrid, 1989.
ESPAÑOL, F.: *Las claves del Arte egipcio. Cómo identificarlo*, Barcelona, 1988.
GONZÁLEZ SERRANO, P.: *Historia Universal del Arte. Preshistoria y Primeras civilizaciones*, 1, Madrid, 1996.
LECLANT, J. (Dir.): *Los Faraones, I: El Tiempo de las Pirámides. II: El Imperio de los Conquistadores. III: El Egipto del Crepúsculo*, Col. «El Universo de las Formas», Madrid, 1978-1980.
LISE, G.: *Cómo reconocer el Arte egipcio*, Barcelona, 1980.
MANICHE, L.: *El Arte egipcio*, Madrid, 1997.
MICHALOWSKI, K.: *El Arte del Antiguo Egipto*, Madrid, 1991.
YOYOTTE: *Los tesoros de los Faraones*, Ginebra, 1968.

Sugerencias prácticas

Información histórica y artística

Para comprender la mentalidad artística de los antiguos egipcios es necesario ahondar en su historia. Para ello se sugiere el manejo de monografías y estudios sobre el Antiguo Egipto. Una vez conocida la misma, conviene consultar libros ilustrados. Las bibliotecas por lo general tienen libros de estas temáticas. Así mismo, en diferentes ciudades españolas existen asociaciones culturales, creadas para el estudio y la difusión de la civilización del Antiguo Egipto. Contactar con ellas será fundamental por la serie de informaciones y actividades que ofertan a sus asociados y público en general.

Buena parte de lo que sabemos de Egipto es gracias a los textos jeroglíficos llegados a nuestros días, hoy afortunadamente traducidos en su mayoría. Proponemos leer:

Algunas revistas especializadas en el Antiguo Egipto, por ejemplo, el *Boletín de la Asociación Española de Egiptología*.

Sinuhé, el egipcio, El gran Escarabeo Verde, Madrid, 1989, publicado en la Colección *Pueblos y Gentes* de Editorial Bruño.

Vídeo/Cine

El cine se ha fijado con interés en la civilización egipcia. De las distintas películas recomendables pueden visionarse *Sinuhé, el egipcio, Cleopatra, Faraón, La Esfinge* y *Los Diez Mandamientos*. Algo libre, pero espectacular y con licencias históricas y temáticas, es el filme titulado *Stargate, Puerta de las Estrellas*.

También recomendamos el vídeo *Egipto: en busca de la inmortalidad*.

Museos/Exposiciones

El Museo Arqueológico Nacional de Madrid atesora una importante colección de piezas egipcias, comenzada a formar ya en 1876. De las piezas expuestas son de gran interés dos sarcófagos (de Amenemhat y Taremetshenbastet), dos esculturas (del faraón Nectanebo I y del sacerdote Harsomtusemhat) y varios vasos canopos y cerámicas, sin olvidar pequeñas estatuillas de dioses.

Algunas entidades oficiales y privadas (Fundación Clos de Barcelona) poseen importantes muestras arqueológicas del Antiguo Egipto. Es recomendable su visita. Así mismo, algunas exposiciones itinerantes y monográficas deberán ser contempladas para un mejor conocimiento del arte egipcio.

Excursiones/Viajes

Cualquier viaje que se realice a las principales ciudades europeas (Roma, París, Londres, Berlín, Turín, Munich) posibilitará ver colecciones de arte egipcio. Ni que decir tiene que un viaje a Egipto —que siempre recomendamos—, sería lo más idóneo para admirar los tesoros del Museo de El Cairo y sus principales monumentos.

En Madrid se atesora el Templo de Debod, construido por un rey de Meroe a unos 20 km al sur de la isla de Filé. Con motivo de la colaboración española en la salvación de los edificios de Abu Simbel, el gobierno egipcio la donó a España en 1970. Una visita al mismo puede informarnos de cómo eran tales construcciones.

Vocabulario

- **Adintelado/a:** Dícese de la estructura arquitectónica que se basa en la utilización del dintel (parte superior horizontal de una puerta o ventana que sirve de elemento sustentante) y de la columna.
- **Agrimensura:** Arte de medir tierras.
- **Badariense:** Cultura predinástica egipcia que toma su nombre del sitio arqueológico de El-Badari, en el Egipto Medio.
- **Barca sagrada:** Barca sobre la que se colocaba la capilla con la imagen de una divinidad, cuando ésta era sacada en procesión.
- **Bulto redondo:** Escultura o figura que puede ser contemplada desde cualquier punto de vista a su alrededor.
- **Campos de Ialu:** Lugar paradisíaco en el Más Allá, según las creencias egipcias.
- **Canópico:** Término derivado de *canopo*, vaso destinado a contener los despojos mortuorios que no se embalsamaban con el cuerpo del difunto.
- **Capitel:** Parte superior de la columna. Se trata de un elemento colocado sobre el fuste de la misma. Suele estar decorado, formando los órdenes.
- **Episodio amárnico:** Período histórico desarrollado en Tell el-Amarna durante el reinado de Amenofis IV.
- **Escarabeo:** Pequeño objeto en forma de escarabajo, utilizado como amuleto mortuorio. Sus materiales, formas y decoración fueron muy ariados.
- **Esfinge:** Ser monstruoso con cabeza humana y más raramente animal (carnero), cuerpo y extremidades de león. Las esfinges tuvieron un significado simbólico.
- **Estela:** Pequeño monumento a modo de losa o columna en posición vertical, decorado con relieves e inscripciones, y erigido en conmemoración o recuerdo de algo.
- **Estructura lignaria:** Dícese de la realización en madera.
- **Expresionismo:** Conjunto de rasgos artísticos opuestos al realismo. Con ellos se intenta trasladar al arte la expresión de los sentimientos, sin reproducir la realidad.

- **Festival Sed:** Fiesta o jubileo real, celebrada cada treinta años (aunque este margen temporal fue flexible) y que tenía por finalidad rejuvenecer o recuperar los poderes del faraón.
- **Gola egipcia:** Cornisa propia de la arquitectura adintelada egipcia, con la que se remataba las partes de los muros, especialmente las fachadas.
- **Hathórico:** Dícese del capitel que reproduce la cabeza de la diosa Hathor (cabeza de vaca) o la forma de su instrumento musical simbólico, el sistro.
- **Hieratismo:** Rigidez, contención y verticalidad de una expresión plástica.
- **Hipogeo:** Sepultura excavada subterráneamente.
- **Icono:** Imagen y también «tabla» pintada al estilo bizantino.
- **Ka:** Palabra que expresaba la fuerza fundamental del hombre a quien nunca abandonaba. Se le considera el «doble» del fallecido, pero el concepto es más amplio.
- **Kheresh:** Corona militar o de parada, reservada al faraón.
- **Ley de la frontalidad:** Ley ideal, utilizada por los antiguos egipcios y griegos, que divide el cuerpo humano, presentado de frente, en dos partes iguales. En algunos casos (relieve y pintura) la cabeza y los pies aparecen de perfil.
- **Mastaba:** Tumba egipcia en forma de banco o tronco de pirámide, de planta rectangular y con los muros en talud.
- **Nagadiense:** Cultura predinástica egipcia, llamada así por Nagada, una gran necrópolis existente en el Alto Egipto.
- **Naóforo:** El que lleva un *naos*, esto es, una capilla con la estatua del dios.
- **Naos:** Capilla de piedra componente del templo egipcio, en donde se colocaba la estatua del dios. También existían naos portátiles de madera, para exhibir dichas estatuas.
- **Nemes:** Pañuelo de cabeza del faraón, anudado por detrás a modo de trenza.
- **Obelisco:** Monolito de piedra alto, con remate apiramidado. Era de simbología solar e iba decorado en sus cuatro caras.
- **Ortogonal:** Dícese de la proyección sobre un plano, en el que predominan los ángulos rectos. En el caso de las

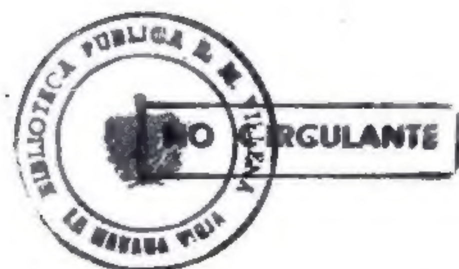
ciudades, se aplica a la disposición de sus calles, distribuidas en cuadrículas.

- **Osiríaco/a:** Dícese de todo aquello relacionado con el dios Osiris.
- **Osíricas:** Relacionadas con el dios Osiris.
- **Ostraca:** Plural de *ostracón*. Fragmento de piedra o de cerámica utilizado como soporte para escribir o dibujar.
- **Paleta:** Plaquita de piedra utilizada para mezclar pinturas o cosméticos. Solía decorarse con relieve en una las dos caras.
- **Períptero:** Lo que está rodeado de una fila de columnas.
- **Peristilo:** Patio rodeado de columnas. Se concebía a modo de jardín, con un pequeño estanque central o surtidor. También se aplica el nombre a una galería con columnas.
- **Pilono:** Pareja de muros troncopiramidales que forman la entrada del templo egipcio. Distribuidos uno a cada lado de la puerta, están realzados con relieves ornamentales.
- **Pórtico protodórico:** Se llama así al sustentado por columnas protodóricas (éstas eran de sección o corte poligonal).
- **Pronaos:** Estancia que precede al naos.
- **Prótomo:** Torso o parte anterior de un animal, generalmente empleado como ornamento.
- **Serdab:** Dependencia cerrada, destinada a contener la estatua del difunto. Unos agujeros permiten ver desde el interior al exterior, pero no a la inversa. Era característica de las mastabas.
- **Talud:** Muro en el que su base es más ancha que su remate por disminuir el grosor por uno o ambos lados, creando una pendiente.
- **Teocrático:** Dícese de lo que está sometido a los dioses o gobernado por éstos.
- **Ushebti:** Palabra antigua egipcia que equivale a «respondedor». Eran unas figurillas que tenían por misión realizar las labores que a los difuntos se les encomendaban en el Más Allá.

Cronología

	EGIPTO	ORIENTE	GRECIA
3500-3100	Culturas badariense y nagadiense. Mangos de cuchillos y paletas con relieves.	Período de Uruk. Primeras ciudades-estado sumerias. Invención de la escritura.	Ídolo neolítico de Creta.
3100-2780	Unificación de Egipto. Reino tinita (I-II din.). Paleta de Narmer. Fundación de Menfis. Desarrollo de la escritura.	Dama de Uruk. Jarrón de Uruk.	Troya I. Cerámica de Urfinis. Cicládico Antiguo. Difusión del metal. Minoico Antiguo.
2780-2280	Imperio antiguo (III-VI din.). Desarrollo de la arquitectura: Pirámides y mastabas. Estatuas de Djeser y de Khefrén. Bajorrelieve en mastabas. «Ocas de Meidum».	Poema de Gilgamesh, I dinastía de Ur. Estatuas de orantes de Tell Asmar. Tumbas reales. Estela de los buitres. Imperio acadio. Cabeza de Sargón. Estela de Naram-Sin.	Tañedor del arpa (isla de Keros). Ídolos cicládicos.
2280-2060	Primer Período Intermedio. VII-XI Complejo funerario real en Deir el-Bahari. Textos de los sarcófagos. Estatuas de Kakhti, *Ushebti*.	Gudea de Lagash. Templo Eninnu de Girsú. Cabezas y estatuas de Gudea. Ziqqurratu de Ur.	Fundación de los palacios cretenses.
2060-1758	Imperio Medio (XII-XIV din.). Colonización de El Fayum. Capilla Blanca de Karnak. Estatuas de Sesostris I. Esfinges de Amenemhat II y III.	Imperio Babilónico. Código de Hammurabi. Templo de Marduk en Babilonia.	Estilo de Camarés: Heládico medio.
1758-1567	Segundo Período Intermedio (XIII-XVII din.). Los hicsos. Construcción de Avaris. Numerosos escarabeos.	Los hititas destruyen Babilonia.	Cicládico reciente. Micénico Antiguo. Nuevos palacios en Creta. Diosa de las serpientes.
1567-1080	Imperio Nuevo (XVIII-XX din.). Templo de Amón en Karnak. Templo de Hatshepsut en Deir el-Bahari. Fundación de Akhetatón (Tell el-Amarna). Tumba de Tutankhamón. Hipogeo de Seti I. Construcciones de Ramsés II. Esculturas de Hatshepsut. Arte amarniense. Busto de Nefertiti. Estatuas de Akhenatón. Tumba de Nefertari. Viñetas del *Libro de los Muertos*.	Dinastía cassita. Los kudurru. La ciudad de Dur-Kurigalzu. Imperio asirio. Destrucción del Imperio hitita.	Escritura lineal A. Destrucción de los palacios cretenses. Puerta de los leones. Destrucción de las acrópolis micénicas. Máscaras de oro. Guerra de Troya.

	EGIPTO	ORIENTE	GRECIA
1080-715	Tercer Período Intermedio (XXI-XXV din.). Tumbas de Tanis. Bronce de Karomama.	Incursión de los arameos. Estatua de Assurnasirpal II. Obelisco negro de Salmanasar III. Ciudades fenicias. Fundación de Cartago.	Arte geométrico.
715-332	Baja Época. Dinastías XXVI y XXXI. Captura de Menfis por los asirios. Conquista persa. Templo de Darío I en el oasis de Kharga. Arte saíta. Cabezas de Taharqa, Apries y Amasis. Cabeza Verde de Berlín.	La leona herida. Estela de Assurbanipal. Puerta de Ishtar. Jardines colgantes. Dominio medo.	Arte arcaico. Constitución de Licurgo. Reformas de Solón. El Moscóforo. Auriga de Delfos. Período clásico de la escultura. Pericles. El Partenón.
332-305	Conquista de Egipto por Alejandro Magno. Dinastía macedónica. Fundación de Alejandría. Tumba de Petosiris.	Alejandro Magno en Babilonia.	Lisipo. Apeles. Teatro de Epidauro.
305-30	Época tolemaica. Grandes templos en Kom Ombo, Dendera y Edfú. Decadencia de la plástica egipcia.	Seleuco I Nicator.	Grecia, provincia romana. Toma de Atenas por Roma.
30 a.C.-395	Egipto romano. Quiosco de trajano. Retratos de El Fayum.		



EGIPTO

Colección Arte
Ediciones y Distribuciones
Promo-Libro S.A. DE C.V.







ISBN 84-96249-14-X

